

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIII

1º DE JUNIO DE 1904

Nº 299

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4

UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

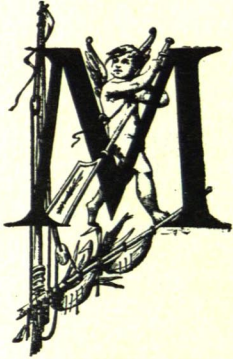


AMAZONAS EN LOS DOMINIOS DEL CZAR

HOMBRES CONTRA HOMBRES

La naturaleza no ha formado ni clases, ni órdenes, ni familias, ni géneros, ni especies constantes, sino únicamente individuos.

LAMARCK.



Me apresuro á contestar al eminente fisiólogo que me ha dirigido su trabajo en forma de carta.

Débole, además, esta respuesta, no solamente por razón de la extrema gravedad del asunto que él desea ventilar, sino también á causa de la

situación especial en que se halla M. Charles Richet. Presidente de la «Sociedad de Arbitramento Internacional,» M. Richet está considerado, con muy justo motivo, como uno de los más enérgicos sustentáculos de la causa de la paz y de la fraternidad entre las naciones. Ahora bien, si el culto del brillante sabio parece replegar ante el antiguo problema de la gradación de las razas, ¿qué actitud corresponde á los demás espíritus que no poseen ni la alteza de su visión, ni la proverbial generosidad de sus sentimientos?

Porque no debe olvidarse que desde el instante en que se admite la existencia de razas superiores acreedoras á nuestra simpatía, y de razas inferiores merecedoras de desdén, de indiferencia, de inquina, ó lo que es peor, de la injusticia europea, hay, necesariamente, que excusar y perdonar todos los crímenes de lesa humanidad que se cometen contra esas razas.

Agreguemos también que los partidarios de la igualdad entre los humanos, sin distinción de color ni de índice encefálico, están actualmente en Francia en una situación de evidente «inferioridad.»

Detrás de nuestra discusión de *principios y de ideas* se tratará, sin duda, de buscar y encontrar hostilidad para los rusos-blancos, y simpatía para los japoneses-amarillos. Los «deberes de la sacra alianza» han, en efecto, obscurecido singularmente el concepto de la equidad internacional. Bajo la influencia de cierta prensa, hasta se ha olvidado la obligación de santa piedad á los desgraciados, cualquiera que sea su nacionalidad. ¿Pues no se ha llegado á predicar una cruzada contra los amarillos, rehusando cumplir con sus heridos los simples deberes de humanidad? Inclinada sobre esta pendiente, la Francia se ha dejado ganar, desde el punto de vista humano, por la Alemania, que está dando pruebas de igualdad de sentimientos respecto á las víctimas de ambos infortunados pueblos. Al protestar, pues, contra la renuncia de las aspiraciones que constituyen la fuerza y la belleza del alma francesa, nos aventuramos á herir y contrariar á multitud de conciencias descarriadas. Y, por otra parte, al predicar en este instante la igualdad de las razas en general, la de amarillos y blancos en particular, vamos de cierto contra la co-

rriente que arrastra á la opinión como en un vértigo.

No importa. Cuantas veces, en la peregrinación de la vida, se presente la oportunidad de ratificar los principios que guían á *La Revue*, aprovecharemos inmediatamente esa oportunidad. Indudablemente que á menudo nos acontece aparecer en contradicción con las ideas del día. Tal nos aconteció cuando defendimos, los primeros en la prensa francesa, la causa de los armenios contra el «Sultán Rojo.» la de los cubanos contra España, la de los filipinos contra los americanos, la de los finlandeses contra los rusos, la de los polacos contra sus opresores ó la de los boers contra los ingleses. No fuimos más felices cuando, hace dos años, abogamos aquí mismo por el acercamiento franco-inglés, que, tratado entonces de paradójico y antipatriótico, fue reconocido poco después como saludable é inevitable, y aparece hoy, en presencia del conflicto ruso-japonés, como un pararrayos poderoso contra una guerra insensata de todos contra todos. Como siempre, la verdad ha concluido por triunfar.

Tratemos de volver á hablar en su nombre.

I

Quando se nos asegura que hay invencibles fatalidades de raza, se niega sencillamente la ley del progreso, y una vez roto ese bloque de las creencias antropológicas, resultan desconcertantes contradicciones. La inmovilidad fisiológica, intelectual y moral de toda una parte de la humanidad, quiere decir: 1º La ciencia y el tiempo serán impotentes para operar cambios elementales en nuestro cuerpo y en nuestra inteligencia; 2º En tanto que proclamamos el triunfo de la evolución, á la que debemos la creación y la formación de los seres constituidos, le negamos á la misma evolución la posibilidad de operar la más leve modificación de las cualidades subordinadas que distinguirían entre sí á los humanos!

¿Cuál es, por otra parte, la naturaleza de esas diferencias? Ya se nos ha dicho: fisiológicas, intelectuales y morales. Pretender discutir las detalladamente requeriría una veintena de volúmenes. Limitémonos, pues, á analizar las más esenciales, las que precisamente han permitido distribuir á la humanidad en dos campos opuestos: seres privilegiados y víctimas de éstos. Para disipar las nebulas acumuladas profusamente en torno de este artículo de fe cuasi científica, nos serviremos de los argumentos que nos vengán *al azar de la pluma*, á falta de espacio para hacer una exposición metódica y sistemática.

Advirtamos, ante todo, que no está de manera alguna probado que esas diferencias fisiológicas ejerzan una repercusión irreparable en la manera de pensar y de sentir de los seres humanos. Algo más importante: todas esas pretendidas diferencias no son sino las resultantes del medio ambiente. Se modifican y evolucionan bajo la influencia del cambio de la multitud de causas que constituyen dicho medio. Buffon, á quien debemos la reintroducción de la raza en zoolo-gía, nos ha enseñado ya que la raza persiste en tanto que el medio permanezca el mismo, y desaparece cuando éste cambia. (*Historia natural*, T. V.)

Comencemos por el *color*, que es la palabra de ironía de los blancos contra los que no lo son.

¿Es un rasgo eterno, fatal, inmutable? Los árabes de tinte claro se tornan en la Meca de una tez amarilla oscura y pierden allí, junto con la nariz aguileña, los soberbios rasgos de los beduinos. En la Nubia se encuentran árabes completamente negros, aunque no se hayan criado con los negros de la localidad (*Prichard*, T. IV). Los niños negros, en los países en donde sus padres gozan de la libertad, nacen con los ojos más claros y adquieren rasgos que los aproximan más y más á las razas blancas. Según numerosas observaciones [d'Orbigny, Lewis, Day, etc.], los negros ricos é independientes se aproximan, desde la segunda generación, á los judíos más trigueños. En la Guinea, los negros civilizados se parecen á los blancos y su encefalo sufre cambios análogos [doctor Hancock]. Según Virchow, el medio en que se vive hace moreno ó rubio. Esta influencia del medio sobre la coloración ha sido, de resto, indicada ya por Herodoto y Aristóteles.

Es el medio con sus elementos complejos: presión barométrica, humedad, alimentación, tensión eléctrica, transparencia y serenidad del cielo, estado físico del suelo, etc., lo que influye definitivamente sobre la coloración de nuestros pigmentos. Son conocidos los experimentos tan concluyentes de Paul Bert sobre las larvas de axolotl, que demuestran que la luz obra sobre la formación de la luz colorante, sobre todo, por la rapidez de las vibraciones.

Los mamíferos extraídos por Prjéwalski de las estepas asiáticas se señalan por su piel leonada ó amarillo pálido uniforme. El sol ha decolorado esa piel en un país en donde no brinda sombra ninguna vegetación arborecente.

En Abisinia, la tez de la población se oscurece á medida que se sube á las mesetas, y palidece en las llanuras de Abbadia. El clima de la isla de la Reunión ejerce una influencia singular: hace blanquear en lugar de ennegrecer, y los criollos son allí muy rubios.

Vayamos más lejos aún: los experimentos hechos en animales y plantas prueban el papel preponderante que desempeña el sol en la coloración de las especies. El polvo polínico de las petunias, recogido en su completa madurez y sometido á la calefacción, ha dado flores de colores que no poseían las cepas.

Los chinos nacidos en California pierden, desde la *segunda generación*, la intensidad de su color amarillo, y la tonalidad de su piel se aproxima más y más á la de los blancos.

No insistiremos acerca de la *talla*, puesto que mientras los japoneses son pequeños, ciertos chinos se distinguen por su elevada estatura. Pero también en este punto la influencia del medio, con sus múltiples factores, tiene una parte incontestable. Tomemos algunos ejemplos de la Francia, fáciles de verificar. Durand [de Gros], con la impetuosidad de su elocuencia, lo ha establecido ya en lo que concierne á la población del Aveyron. Mientras que el natural del Causse, país calcáreo, alimentado con grosero pan de cebada y de avena y abrevado con agua clara, adquiere un nota-



GUERRA RUSO-JAPONESA : Romplimiento del hielo al pasar una batería de campaña

ble desarrollo del sistema óseo y alcanza una alta talla, el aveyronés, de tierras ásperas, de país de centeno, castaños y cidra, se distingue por la extrema pequeñez de la talla en ciertos cantores.

Igual observación ha hecho Magne (*Tratado práctico de agricultura*). A menudo vemos en un mismo valle un lado formado de terrenos silicosos, y el lado opuesto de terreno calcáreo; apenas un arroyuelo separa ambos terrenos, y de un lado, carneros fuertes, robustos, bueyes pesados; del otro [tierras silicosas], animales vivaces, fuertes, rústicos, pero pequeños, sobrios, ligeros.

Los bueyes de Aubrac adquieren en los corrales del Aveyron, del Tarn, proporciones que no alcanzan nunca en los pastos volcánicos de su país natal: en los últimos se hacen grandes, corpulentos, gruesos.

Collignon (*Memorias de la Sociedad de Antropología*, 3ª Serie, T. I), demuestra que la talla de los franceses depende de una manera directa de las propiedades de los terrenos que habitan. Los de Plenc, Lauvallon y Quentin [circunscripción de Saint-Brieuc], cuyos territorios son arcillosos, húmedos, estériles, llenos de landas, y aun los de la circunscripción de Mont-de-Marsan, en donde los hombres se alimentan miserablemente, la talla baja hasta 1^m544 contra 1^m640 en los llanos fértiles y salubres.

Delpou (*Historia del departamento del Lot*, T. I), cita el hecho de que en la circunscripción de Figeac, los habitantes son fuertes y vigorosos [1^m632], mientras que los de Latrouquiére [suelo granítico, estéril, alimentación insuficiente] la media es de 1^m579.

Costa (*Reclutamiento de la Córcega*), insiste en que la talla pequeña de los reclutas se observa especialmente en los cantones pobres [Salice, Recognano, Serra, etc.].

Para reconocer cuanto influyen en el tamaño de la talla la miseria y la manera de ser y de vivir, basta estudiar a nuestro rededor á los parisienses de París.

Manouvrier (*Talla de los parisienses*, Boletín de la Sociedad de Antropología, 3ª serie, T. XI) y Topinard (*Estadística de la ciudad de París*), comprueban que los jóvenes de los barrios pobres son más pequeños, y según Champouillon (*Colección de Memorias de Medicina Militar*, T. XXII), no se encuentran nunca parisienses de la quinta generación, porque la escrófula, la degradación de la talla y otros signos de degeneración los hacen desaparecer.

Y el mismo medio que deforma ó abate al tipo humano, lo modifica solamente ó lo eleva.

A nuestros ojos se opera la creación de esa raza «americana», que bajo la influencia del medio de los Estados Unidos, se transforma de una manera capital. El americano moderno se aproxima á los americanos autóctonos y se distingue por la parte inferior del rostro, que es casi cuadrangular, contra la forma oval de los ingleses [A. Murray, Todds]. Según Pruner-Bey, el yankee se acerca, desde la segunda generación, á las pieles-rojas, y comienza á acusar rasgos análogos á los de las tribus de los Lenni-Lenapes, Iroqueses ó Cherokees. Su piel se torna seca como cuero, toma un tinte limonoso, mientras que en la mujer se

hace pálido mate. La cabeza se empequeñece y se ablanda; la cabellera se hace lisa y oscura de color; el cuello se alarga. Los huesos largos se extienden principalmente en la extremidad superior, tanto, que la Francia é Inglaterra fabrican para la América del Norte guantes de dedos excepcionalmente largos. La pelvis de la mujer se aproxima á la del hombre. Según Carpenter, el americano abandonado á sí mismo se transformará en piel-roja.

¿Qué será á la décima generación? Pues las modificaciones humanas deben contarse, no por años, sino por generaciones, como se hace con respecto á las plantas ó los animales. Por otra parte, ¿qué llegará á ser el tipo americano con el tiempo, gracias á la ley del equilibrio de los órganos? Tantas cosas se modifican en él, que su tipo entero, inclusive el índice encefálico, se hallará casi radicalmente transformado. Y entonces, tendremos una raza más superior... ó acaso inferior, que combatir y exterminar!!

II

Pasemos á ese famoso «índice encefálico» al que debemos, sobre todo, la malhadada división de los humanos en señores y parias.

Nos falta espacio para extendernos demasiado en este tema. Limitémonos, pues, á decir que los antropólogos modernos, en contra de la teoría de Aristóteles, se pronuncian en favor de las grandes cabezas, sinónimo de cabezas fuertes. La conformación de la cabeza *dólíco* ó *braquicefala*, decide del valor moral é intelectual de la raza. Las diferencias morfológicas de los cráneos crean entre los hombres un abismo tan profundo, como la que separa á las especies más desemejantes de coleópteros [Gobineau, Vacher de Lapouge, etc.]. Gracias á esta bella teoría es que se ha inaugurado la lucha antisocial entre los hombres de cráneos anchos y estrechos, y predicado el odio, no solamente entre razas y pueblos distintos, sino entre los habitantes de un mismo país! Sin hablar de los alemanes, y de sus teorías salvajes [escuela de Ammon y otras teorías alemanas, hijas adoptivas de Gobineau], recordemos que aun en Francia hemos visto sabios de la especie de M. R. Collignon, enseñar que la lucha de las razas en nuestra sociedad francesa no es sino lucha entre braquicefalos y dolicocefalos, los unos conservadores, los otros innovadores y aventureros! El triunfo definitivo en nuestro país,—nos enseña aquel espíritu ingenioso,—será para los braquicefalos; y, sin embargo,—agrega prudentemente,—que se guarden éstos de una reacción ofensiva de los dolicocefalos!

Pobre ciencia! Qué uso se hace de tu nombre! Afortunadamente que la antropología es menos que una ciencia, puesto que no es sino un sistema de teología abortado. Semejante á ciertos deudores insolventes, gira contra grandes bancos con los cuales nada tiene de común; pone á contribución todas las ciencias, que, ora le rehusan su ayuda, ó bien no le ofrecen sino un apoyo dudoso. El dogma del índice encefálico le ha jugado las peores pasadas, y no podemos resistir á señalar cuando menos una de ellas, cuyas consecuencias son inesperadas.

III

Después que el conde Gobineau y sus discípulos se dejaron hipnotizar por la conformación del cerebro humano, la ciencia ha realizado verificaciones singulares. Ha encontrado, por ejemplo, que la dolicocefalia, tan envidiada y solicitada, se halla en todas las pobladas salvajes y primitivas. Querer, pues, atribuir á aquella el primer rango entre los humanos, equivaldría á un reto singular lanzado á las naciones civilizadas. El índice encefálico inferior á 76 [la flor de los dolicocefalos], se encuentra entre los hotentotes, los negros krous, los muchikongo y bakongo [73], entre los achantis de Africa, los papús de la Nueva Guinea [74], los diversos australianos, los tasmanios de Oceanía, los ainos, los esquimales, los corsos y los portugueses [74 á 76]!

La sub-dolicocefalia comprende bajo el mismo techo á los bosquimanos, los m'zabitas, los ostiacos, turco-manos, chinos del norte, insulares del archipiélago Salomón, iroqueses, sioux, fuegianos, belgas flamencos, franceses del Roussillon, sardos, sicilianos y vascos españoles.

Los mesocefalos [entre 79 y 81, 8], los chinos del sur y los holandeses; los bororo de la hoya del Amazonas y los normandos. A 81.7 se hallan los provenzales y los arakanais y teleútes; los franceses del departamento del norte [80,1] se hallan al nivel de los indios Crou, de los tippera de Tchittagong y los nicobarios.

Nuestros paisanos del Limousin y del Périgord, á los que la antropología asigna un índice de 80,7 corresponden, por ejemplo, á los nahuquea del Brasil y á los batta del lago Toba.

La sub-braquicefalia [entre 82 y 84,8] se encuentra entre los italianos en general y los coreanos, annamitas; los madgyares y los lapones; los belgas wallones y los voltiaks; los grandes-rusos y los judíos rusos; los badenses y los lapones; los bretones, los tártaros y... los franceses, en general.

Y cuando se trata de los hiper-braquicefalos, se descubre en antropología la estupefaciente noción de que es preciso buscarla entre los franceses del Cantal y del Alto-Loire, lo mismo que entre los cosacos kirghises.

¿Qué otra conclusión se puede deducir, sino que todas esas demostraciones craneológicas no enseñan nada respecto á la capacidad intelectual y á las disposiciones morales de los pueblos? De asignar un valor real á todas esas fantasías craneométricas, sería necesario deducir de ellas las cosas más extravagantes desde el punto de vista de la igualdad de las razas. Sería preciso colocar al mismo nivel, por lo que hace al índice encefálico, á los bosquimanos y los franceses del Roussillon; á los teleútes y los franceses del norte, los nahuquea del Brasil y los franceses del Limousin y del Périgord, y, en general, á los mordawa y otros voltiacos junto con los franceses, el tipo representativo de la moral y de la civilización europea!

IV

El dominio de la formación de nuestro pensamiento permanece en misterio. A pesar de tantos esfuerzos hechos por las vastas ramificaciones de la ciencia del

hombre, todavía estamos reducidos á hipótesis más ó menos fundadas, cuando se trata de definir sus orígenes, su evolución y sus desviaciones. El por qué de una mentalidad de genio se nos escapa. Apenas podemos comprobar las razones de la detención moral de un idiota ó de un cretino. La ciencia de la localización de nuestras capacidades intelectuales sigue un camino penoso, y acaso será empresa de una nueva centena de siglos darle una solución definitiva.

Mientras tanto, todo permanece sujeto á duda y á interpretación contradictoria. ¿Nuestro desarrollo intelectual depende directamente del volumen de la cabeza? ¿El hombre es el más inteligente de los seres vivientes porque su cerebro ofrece la proporción más ventajosa? Esto último se cree generalmente y es el apoyo orgulloso de los humanos para proclamar su superioridad en la escala animal. Y, sin embargo, la relación de peso del cerebro al cuerpo no es tan favorable al hombre, como se cree ordinariamente. Es verdad que, guardando la proporción, un mono antropoideo acusa una relación tres veces, y un perro diez veces más débil. Pe-

pero no así entre un gato y un león. En tanto que en el gato la relación de peso entre el cerebro y el peso es de 1 á 106, la misma relación en el león es de 1 á 546 [E. DUBOIS: *Sobre la relación de peso del encéfalo con el tamaño del cuerpo en los mamíferos*, Boletín de la Sociedad de Antropología, 1897]. ¿Debe concluirse de esto que el gato es cinco veces más inteligente que el león? Sábese, además, que mientras más pequeño es el animal, más ventajosa se presenta la relación entre el cerebro y el cuerpo. Admitido esto, ¿puede deducirse que los animales pequeños son relativamente más inte-

ligentes que los animales de gran talla?

A fin de librarse de semejante conclusión, se ha visto á fisiólogos como nuestro eminente adversario M. Charles Richet, admitir la existencia de un elemento intelectual permanente respecto á la masa cerebral variable. Perro grande ó pequeño, tienen una inteligencia igual, no obstante su masa cerebral distinta.

peso del cerebro no corresponde de ninguna manera á la intelectualidad.

Sucede otro tanto en el hombre, y Broca tuvo razón cuando consideró ridícula la pretensión de hacer depender el grado de inteligencia de las dimensiones y, por consiguiente, de las formas de la cabeza.

Pero si el volumen cerebral más ó menos grande no resuelve la cuestión, es, sin embargo, interesante hacer constar que el peso y la conformación de la cabeza varían y progresan con la instrucción. Pasa con el cerebro como con los otros órganos del cuerpo: crece y evoluciona bajo la influencia del ejercicio.

Ahora bien, este hecho tiene una grande importancia, á pesar del olvido en que lo han tenido la mayor parte de los antropólogos. Una vez demostrada esta influencia, que se traduce por el aumento del volumen, será fácil deducir de ella algunas conclusiones capitales.

El profesor Parchappe ha sido quizá el primero que ha tenido la idea de meditar en esta concordancia que liga el volumen de la cabeza al trabajo á que se la somete. Después de haber tomado una serie de medidas en cabezas de hombres

consagrados enteramente al estudio de las letras y de las ciencias, profesores y magistrados en ejercicio, colocados, por su talento de escribir y de hablar, por encima de la mediocridad, les ha opuesto las medidas tomadas en cabezas de hombres entregados desde su infancia exclusivamente á trabajos manuales y cuya mediana inteligencia no ha tenido ningún cultivo. Las circunstancias de edad y de talla eran poco más ó menos las mismas, y Parchappe encontró en los primeros la cabeza sensiblemente más voluminosa y concluyó, por tanto, en favor del ejercicio intelectual.



El hombre que corre tras de la Fortuna, y el que es sorprendido por ella. — Cuadro de L. Galliac

¿En dónde se encuentra el sitio de esta masa destinada á elaborar ó á manifestar el elemento intelectual y cuáles son las condiciones de su funcionamiento?

Así es cómo, aun tratándose de los animales, nos vemos constreñidos á una serie de hipótesis. Y, sin embargo, la facilidad con la cual los fisiólogos pueden operar sobre los seres vivos, debería simplificar singularmente el problema y disminuir sus lados misteriosos. Realmente no hay sino una sola verdad que se impone de una manera indiscutible en el mundo animal, y es que el

Seguendo las huellas de Parchappe, el profesor Broca se preocupó también de la influencia directa que ejercería sobre el volumen de la cabeza su trabajo funcional. En la memoria que publicó en 1873 demuestra á su vez que el funcionamiento regular de los órganos favorece su desarrollo y que, por consiguiente, hay la posibilidad de aumentar su potencia, por medio de un *entrenamiento* especial. Después de haber tomado como elemento de comparación á los enfermeros del hospicio de Bicêtre, puestos en paralelo con los internos [médicos, ó farmacéutas], llegó á resultados análogos á los que había obtenido Parchappe. El conjunto de todas las medidas daba una ventaja notable á los internos, hombres instruidos en comparación de los enfermos, cuya cultura intelectual había sido descuidada. La conclusión de Broca es formal: «Los internos tienen la cabeza más voluminosa. La educación que han recibido ha hecho funcionar su cerebro y ha favorecido su desarrollo.»

Este desarrollo se manifestaba sobre todo en los lóbulos anteriores del cerebro y era al mayor desenvolvimiento de su región frontal que los internos debían gran parte del crecimiento de sus cabezas.

Broca, además, maravillado de los resultados evidenciados, nos dirá que la educación no solamente hace al hombre mejor, sino que lo hace superior á sí mismo: *ella aumenta su cerebro y perfecciona sus formas*. Así es como, expandir la instrucción, es mejorar la raza.

Los doctores Lacassagne y Cliquet, que emprendieron más tarde la tarea de verificar las observaciones de Broca (*Anales de higiene pública*, 1878), llegaron á conclusiones sensiblemente idénticas. Después de haber operado con un simple conformador, como los que usan los fabricantes de sombreros para tomar la forma de la cabeza, sobre 190 doctores en medicina, 133 soldados que habían recibido una instrucción primaria, 72 soldados que no sabían leer y 91 detenidos, encontraron:

1º La cabeza es más desarrollada en la gente instruida, que ha hecho trabajar su cerebro, que en los iletrados cuya inteligencia ha permanecido inactiva;

2º En las personas instruidas, la región frontal está relativamente más desarrollada que la occipital.

Hay que mencionar en el mismo orden de ideas el trabajo significativo hecho por mi excelente amigo Enrico Ferri, en su *Homicida*, en el que, después de haber comparado las medidas de cabeza de los estudiantes y de los soldados, demuestra igualmente que la capacidad craneana es mayor en los primeros. Las investigaciones hechas por Vitali, Galton y Venn, etc., no han hecho sino fortalecer la tesis sostenida por Parchappe, y confirmada por Broca.

Ahora bien, las consecuencias de esta observación, cuya veracidad no puede someterse á duda, tienen un grande alcance. Resulta desde luego que no sólo el encéfalo puede crecer gracias á los esfuerzos del hombre, sino que también la conformación del cráneo varía. Con el crecimiento de los lóbulos frontales y del volumen del encéfalo, cambia igualmente la forma exterior del cráneo. El estigmata de raza, si es que lo hay, cede á menudo sitio á los esfuerzos ó á la ocio-

sidad de nuestra vida intelectual. Un ejercicio continuo del cerebro puede así elevar el nivel craneano de un representante de cerebros inferiores y darle ventajas sobre el representante de virtudes privilegiadas ó hereditarias! Y nada más natural, puesto que resulta de las leyes fisiológicas elementales que todo acto mental acarrea como condición inevitable un acto fisiológico cerebral. En otros términos, ejercitar el espíritu es ejercitar el cerebro. Luego, si las razas amarillentas, en general, y los japoneses, en particular, fuesen nuestros inferiores con relación al encéfalo, lo cual no está probado, *nada nos permite* admitir que continúen siéndolo por mucho tiempo. Negarlo sería tan absurdo como afirmar que el cerebro permanece inmóvil y conserva una forma intangible, no obstante la actividad ó inactividad profesionales. En tales condiciones, ¿qué viene á ser la cándida admiración ante el famoso encéfalo de los blancos, que ha servido, sobre todo, para construir teorías monstruosas acerca de la desigualdad de los humanos?

JEAN FINOT.

Traducción de ELOY G. GONZALEZ.

POR IRMA

La niña — ¡oh Musa! — de celestes ojos,
Cabellos áureos y radiosa frente,
Que de tu ensueño vislumbró el encanto,
Versos te pide.

No ya la adelfa de marchitas hojas
Doliente llora sobre tu almo seno,
Ni de la endecha el gemebundo ritmo
Diga tus ansias.

Sumisa ofrece á la beldad tus flores,
Batiendo el ala en maternal caricia,
Y en su corona virginal engarza
Diáfana perla.

Y de tu lira castellana vuela,
Cantando vuela á regalar su oído,
Cual bella alondra de apolíneo canto
Fácil estrofa.

P. FORTOULT HURTADO.

ASÍ SERÁ

Mientras que en una estrofa apasionada
De una extraña poesía
Con mil palabras de pasión formada,
Que me quieres me diga tu mirada,
He de vivir para llamarte mía.

Mientras que yo contemple en tu semblante
La luz y la armonía,
En una eflorescencia deslumbrante,
Y á mí se vuelva en éxtasis amante,
He de vivir para llamarte mía.

Mientras me digan tus divinos ojos
Que hay gloria todavía,
Y fulgure impecable y sin abrojos
La flor de llama de tus labios rojos,
He de vivir para llamarte mía.

Y cuando mueras y en sublime vuelo,
Al esplendor del día,
Como efluvio de luz llegues al cielo
En una irradiación de triunfo y duelo,
Te he de robar á Dios y hacerte mía.

ADOLFO ARIAS.

Oaxaca.

DE «ALMA DE AMERICA»

EL SALVAJE

(Imédita)

Habitador de inescrutables zonas,
él amó el sol y el río y la enramada;
y robó al guacamayo su pintada
pluma para tejer regias coronas.

Vió pasar por el río blancas lonas;
y las siguió, vibrando una mirada,
con su flecha de chonta envenenada
que tajó como garza el Amazonas.

Luego, en balsa exploró. Barca vecina
le sorprendió, de súbito, en sus pescas:
silbó el dardo y tronó la carabina.....

Y al fin, pasó una balsa á su albedrío,
hecha con siete cañas gigantescas,
cual si fuese una flauta echada al río.....

JOSÉ S. CHOCANO.

HIMNO A LA BANDERA VENEZOLANA

Para los alumnos del «Colegio Sucre»

Caracas, 5 de Julio de 1903.

CORO

Salve, salve, gloriosa bandera!
Salve, salve, oh invicto pendón!
Talismán de la Patria guerrera,
De sus hijos eterno blasón!

I

Llamó á la lid América,
Y ya trasciende al globo
La voz que en Carabobo
Victoria proclamó.

Y tú, tú fuiste el lábaro
Triunfal de la india tierra,
La insignia de la guerra
Que á un mundo redimió.

II

Bolívar, el perínclito
Caudillo de los Andes,
El grande entre los grandes,
Te desplegó en Junín.

Y de Orinoco al Avila,
Del Guaire al Condurcunca
Flotaste, y nunca, nunca,
Tu gloria tuvo fin.

III

Juremos darle el último
Suspiro de la vida;
Su sombra bendecida
Nuestra alma besará!

Juremos que al pináculo
Del tiempo en su carrera
La Patria su bandera
Triunfante llevará.

FELIPE TEJERA.



CARLOS EL ARROJADO EN LA IGLESIA DE NESLE. — Cuadro de F. Roybet

AL BUEN CALLAR. . . .

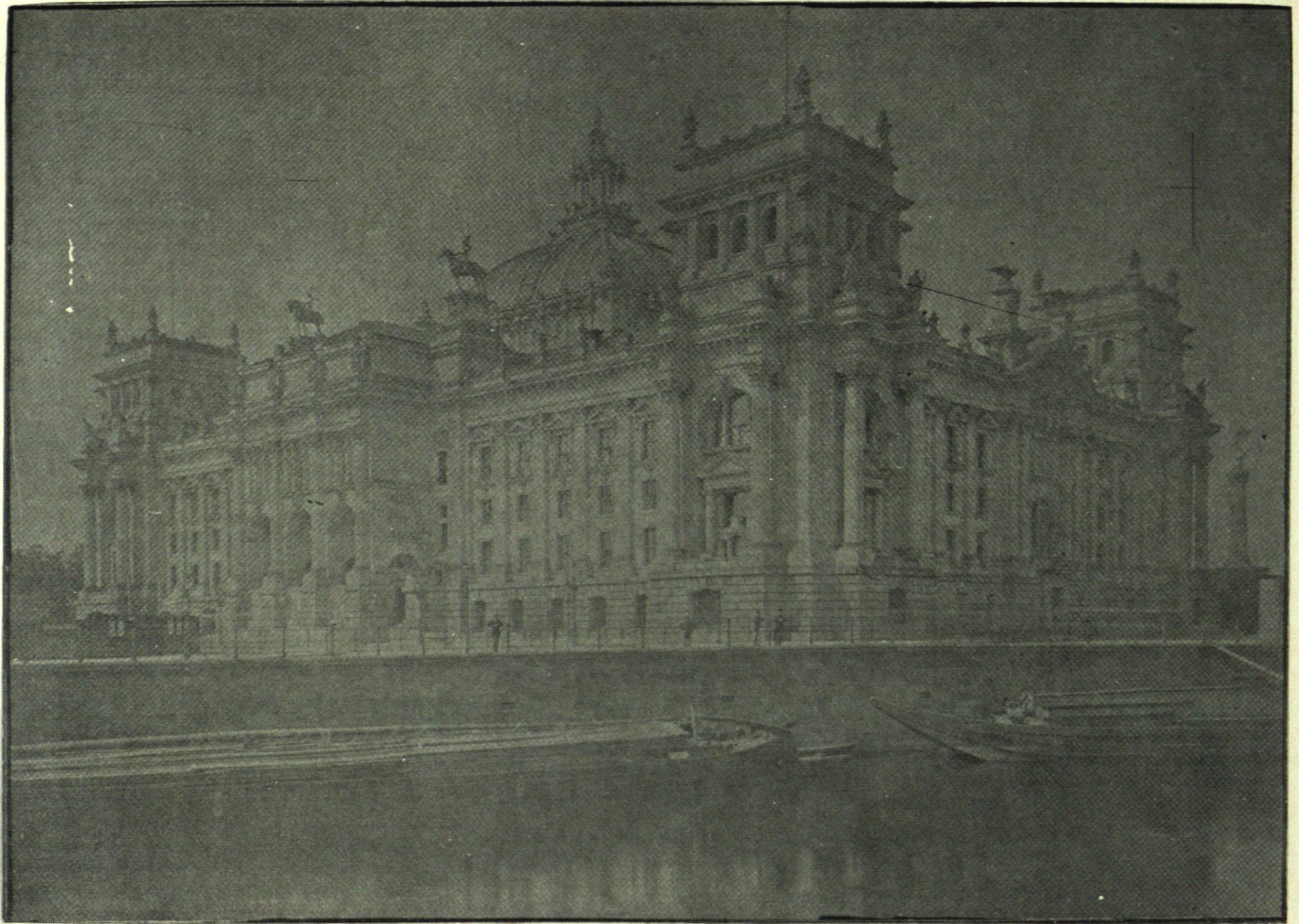
—

No tenían más hijo que aquél los duques de Toledo, pero era un niño como unas flores; sano, apuesto, intrépido y de condición tan angelical y noble en la edad tierna, que le amaban sus servidores punto menos que sus padres. Traíale su madre vestido de terciopelo, que guarnecían encajes de Holanda, con guantes de olorosa gamuza y brincos y joyeles de pedrería en el cintillo del birrete; y al mirarle pasar por la calle bizarre y galán cual un caballero en miniatura, las mujeres le echaban besos con la punta de los dedos, las vejezuelas reían guiñando el ojo como para expresar «Quién te verá á los veinte!», y los graves beneficiados y los frailes austeros, sacando la cabeza de la capucha y las manos de las mangas, le enviaban al paso una bendición.

Sin embargo, el duque de Toledo, aunque muy orgulloso de su vástago, observó con inquietud creciente una mala cualidad que tenía, y que también iba en aumento según avanzaba en edad el niño don Sancho. Consistía el defecto en una especie de manía tenacísima de cantar la verdad á troche y moche, viniese á cuento ó no viniese y en cualquier asun-

to y delante de cualquiera clase de personas. Cortesano viejo ya el duque de Toledo, ducho en saber que en la corte todo es disfraz, adivinaba con terror que su hijo, por más listo, valiente, gallardo é ingenioso que se mostrase, jamás obtendría el alto puesto que le era debido en el mundo, si no corregía tan funesta propensión. «Reñida está la discreción con la verdad, como que la verdad es á menudo la indiscreción misma» advertía á su hijo el duque. «Por la boca solemos morir como los simples peces, y no es muerte propia de hombre avisado, sino de animal bruto, frío y torpe», solía añadir. Corriase y afligíase el rapaz de tales reprensiones y advertencias, y persuadido de que erraba al ser sincero, proponía en su corazón enmendarse; pero su natural no lo consentía: una fuerza extraña le traía la verdad á los labios, no dándole punto de reposo hasta que la soltaba por fin, con gran aflicción del duque se mataba en repetir: «Hijo Sancho, mira que lo que haces. . . . La verdad es un veneno de los más activos; pero en vez de tomarse por la boca, se saca de ella. Esparcido en el aire es cuando mata. Si tan atractiva te parece, guárdala en tí y para tí: no la repartas con nadie, y á nadie envenenarás.»

Ocurrió que frizando en los trece años, y siendo cada vez más lindo, desembarazado y gentil el hijo de los duques de Toledo, un día que la Reina salió á oír misa de parida á la Catedral, hubo de verle al paso, y prendada de su apostura y de la buena gracia con que la hizo una reverencia profundísima, quiso informarse de quién era, y apenas lo supo llamó al duque y con grandes instancias le pidió á don Sancho para paje de su real persona. Más asustado que lisonjeado, participó el duque á su hijo el honor que les dispensaba la Reina. «Aquí de mis recelos, aquí del peligro, Sancho. . . . Tu funesta manía de decir la verdad, ahora es cuando va á perderte y perdernos. Si la prudencia y el arte de callar son buenos siempre, en la cámara de los reyes son indispensables, te lo juro.» «Antes pienso, padre»—replicó el precoz don Sancho—«que al lado de los Reyes, por ser ellos figura é imagen de Dios, alentará la verdad misma. No cabrá en ellos mentira, ni acción que deba ser oculta ó reservada.» Confuso y perplejo dejó al duque la respuesta, pues le escarabajaba en la memoria ciertas murmuraciones cortesanas referentes á liviandades y amorios regios; y tomando aliento, «no, hijo» exclamó por fin: «no es así como tu su-



BERLIN: Edificio de la Dieta

pones... Cuando seas mayor y tu razón madure, entenderás estos enigmas. Por ahora sólo te diré que si vas á la corte resuelto á decir verdades, mejor será que tomes ya mi cabeza y se la entregues al verdugo.» Cabizbajo y melancólico se quedó algún tiempo don Sancho, hasta que, como el que promete, extendió la mano. «Yo sé el remedio—declaró.—Mentir me es imposible, pero no así guardar silencio. Haced vos, padre, correr la voz de que un accidente me ha privado del habla, y yo os prometo, por haceros favor, ser mudo hasta el último día de mi vida si es preciso.

Pareció bien el arbitrio al duque, y divulgó lo de la mudez; siendo lo notable del caso que la Reina, sabedora de que el lucido rapaz era mudo, mostró alegría suma y mayor empeño en tenerle á su servicio y órdenes. En efecto, desde aquel día asistió don Sancho como paje en la cámara de la Reina, sellados los labios por el candado de la voluntad, viendo y oyendo todo cuanto ocurría, pero sin medios de revelarlo.

Poco á poco la Reina iba cobrándole extremado cariño. Sancho se pasaba las horas muertas echado en los cojines de

terciopelo al pie del sillón de su ama y recostando la cabeza en sus faldas, mientras ella con la fina mano cargada de sortijas le acariciaba maternalmente los oscuros y sedosos bucles. Las primeras veces que don Sancho fué encargado de abrir la puerta secreta á cierto magnate y le vió penetrar furtivamente en el camarín, y á la Reina echarle al cuello los brazos, el pajecillo se dolió, se indignó, y á poder soltar la lengua, Dios sabe la tragedia que en el palacio se arma. Por fortuna, Sancho era mudo, oía, eso sí, y las pláticas de los dos enamorados le pusieron al corriente de cosas harto graves, de secretos de Estado y familia, y entre otros, de que el Rey, á su vez, salía todas las noches con maravilloso recato á visitar á cierta judía muy hermosa, por quien olvidaba sus obligaciones de esposo y de monarca, y por cuyo influjo protegía á los hebreos, con perjuicio de sus reinos y mengua de sus tesoros. Esta intriga envuelta en el misterio no la sabían más que el magnate y la Reina; y don Sancho, trasladando su indignación del delito de la mujer al del marido, celebró nuevamente no haber tenido voz, porque así no se veía en riesgo de propalar ver-

dad tan infame. Pasado algún tiempo, la confianza con que se hablaba delante del mudo pajecillo, instruyó á éste de varias maldades gordas que se tramaban en la corte: supo cómo el privado, disimuladamente, hacía mangas y capirotes de lá hacienda pública y cómo el tío del Rey conspiraba para destronarle; con otras infinitas tunantadas y bellaquerías menudas que á cada momento hacían fluctuar de aquí allá la cólera y la virtuosa impaciencia de don Sancho, poniendo á prueba su constancia en el mutismo absoluto á que se había comprometido.

Sucedía entre tanto que le amaban todos mucho, porque aquel lucido paje silencioso, tan caballero y tan obediente, jamás había cansado. No hay para qué decir si le favorecerían las damas viéndole tan gentil y estando ciertas de su discreción; y desde el Rey hasta el último criado, todos le deseaban bienes y solicitaban su adelanto, hallándose conformes en este deseo los que eran enemigos entre sí. Tanto aumentó su crédito y favor, que, al cumplir los diez y ocho años y tener que dejar su oficio de paje por el noble empleo de las armas, col-



DESPOTISMO. — Escultura de Isidoro Kontl

máronle de mercedes á porfia el Rey, la Reina, el privado y el infante, acrecentaron los honores y preeminencias de su casa, y haciéndole donación de alcaldías, fortalezas, villas y castillos. Y cuando, húmedas las mejillas del beso empapado de lágrimas con que le despidió la Reina, que le quería como á otro hijo; oprimido el cuello con el peso de la cadena de oro que acababa de ceñirle el Rey, salió don Sancho del alcázar y cabalgó en el fogoso andaluz que el Infante le había hecho presente; al ver cuántos males había evitado y cuántas prosperidades había traído su extraña resolución, tentose la lengua con los dientes, y, meditabundo, dijo para sí (pues para los demás estaba bien determinado á no decir oste ni moste) «á la primer palabra que sueltas al aire, lengua mía, con estos dientes ó con mi puñal, te corto y te echo á los canes.»

Hay un erudito que sostiene la opinión de que de esta historia proviene la frase vulgar y sin otra explicación posible: *al buen callar llaman Sancho*.

EMILIA PARDO BAZAN.



ALREDEDOR DE UN LIBRO

Odio la guerra. La considero un resto atávico de la época en que los hombres, no salidos aún de su animalidad primitiva, confiaban á la fuerza el vivir cotidiano. Y por eso, estas modernísimas luchas, donde la ciencia reemplaza al valor y la estrategia al arranque impulsivo, me traen á la memoria, á pesar de su perfeccionamiento de técnica, el recuerdo de los combates del hombre prehistórico, según los cuentan los sabios del día.

Hago esta aclaración para justificar mi poco entusiasmo por las cuestiones militares. No soy patriota, en el sentido *chauvinista* de la palabra. Los acordes bélicos de las músicas guerreras me causan una indefinible sensación de tristeza. Consecuente con estos sentimientos, en mi casi innatos, odio las fronteras, barreras artificiales levantadas por egoístas intereses, y me entusiasmo con el sueño de Nowicov. Mi bello ideal es el cosmopolitismo.

Con estas ideas fácil es explicarse la poca curiosidad con que abrí el libro de Ricardo Burguete *Mi rebeldía*. Creí encontrar en sus páginas hondas elucubraciones estratégicas, teorías novísimas de castrametación, dignas de su Vaubán; estudios trascendentales sobre las trayectorias de los proyectiles, sobre la influen-

cia de las pólvoras sin humo en los combates, divagaciones científicas á cerca de la balística, todo lo que es natural abarque el libro de un escritor militar en estos tiempos en que las ecuaciones matemáticas han substituido al valor como fautores de victorias. . . .

Pero, con gran sorpresa, encontré algo muy distinto á lo que esperaba. Es el último libro de Burguete la obra de un pensador y de un rebelde, y se condensa en sus páginas el pensamiento capital que impulsa á su autor en ese apostolado, al que dedica todo el vigor de su preclaro talento.

Burguete es un sincero. Enemigo de convencionalismos, arremete contra esa gran farsa de la nación armada y muestra en algunos párrafos sintéticos y valientes todo el sofisma monstruoso sobre que descansa tan universal prejuicio. Y sus consideraciones, de inmensa trascendencia, recorren el velo en un arranque de sinceridad noble.

El servicio militar obligatorio, aparentemente democrático, no es más que un sistema artificioso, con el cual, bajo el pretexto de igualdad, se tiene armada la nación contra sí misma.

Burguete cita cifras en apoyo de su tesis. Demuestra, con la abrumadora elocuencia de los números, que la paz armada cuesta al mundo mucho más que

una guerra continental. Y esas cifras, que encierran en sí la explicación de muchas crisis industriales y de muchas miserias, hacen comprender que los Gobiernos mantienen enormes masas armadas, no por el peligro de complicaciones exteriores, sino por miedo á la revolución proletaria.

¡Servicio obligatorio! Es decir millones de hombres arrancados al taller, al campo, á la mina, réstados á la universal producción, obligados á consumir un presupuesto enorme, para que las fronteras, líneas imaginarias trazadas á cañonazos, no sufran disminución en sus lindes; para que el artificio de un ejército sin cohesión, sin espíritu, sin ideal, mantenga la internacional farsa del equilibrio...

Sí, tiene razón Burguete. La primera guerra continental desvanecía esa leyenda de la nación armada. Pasaron los tiempos en que triunfaban ejércitos conducidos á palos á la victoria. Las masas inconscientes, que arrastran en los cuarteles una existencia aburrida y monótona, deseando cumpla el plazo para volver al hogar, no pueden ser instrumentos de combate. Les falta el instinto guerrero por antonomasia, ese algo que conduce al triunfo, ese algo que tuvieron los legionarios romanos, los voluntarios de la Convención francesa y las huestes napoleónicas.

Los ejércitos europeos son, en su esencia, una gigantesca *landwehr*. La vida de guarnición, apenas turbada por maniobras efectistas, les sumerge en un sedentarismo de pacíficos burócratas, y creer que esos rebaños, sin ideal, sin espíritu de sacrificio, puedan vencer en futuras luchas, es un error que el tiempo se encargará de desvanecer por completo.

Burguete protesta de las corrientes técnicas hoy reinantes en los estados mayores de todos los países, de esa tendencia á convertir la guerra en función mecánica destructiva, á confiar la victoria á las ecuaciones algebraicas. Y protesta también contra la burocracia militar, contra ese funcionarismo enervante que trueca los ejércitos en madrigueras de covachuelistas con uniforme.

Esto constituye en síntesis su *rebelldia*. Su alma de revolucionario quiere formar un instrumento guerrero capaz de cumplir su misión conscientemente. Y aunque esta parte de su pensamiento no la explana con claridad, se ve que su bello ideal militar lo constituye el ejército voluntario. Tal vez, al pensar en eso, el recuerdo de Santiago de Cuba le asaltó en una evocación trágica de nuestras nacionales vergüenzas...

Los estudios sobre el valor y el miedo que hay en su libro, estudios llenos de datos y observaciones recogidas por él en sus campañas, revelan un pensamiento vigoroso capaz de profundizar las más

arduas cuestiones de psicología colectiva. Sus descripciones de una batalla por dentro, sus análisis de las diferentes sensaciones del soldado en acción, son sencillamente admirables. Bien se conoce al leerlos que el autor ha experimentado en sí las diversas emociones que tan maravillosamente describe.

En suma. Aunque profano en cuestiones militares, aunque los problemas de la guerra chocan con mis ideas, con mi particular idiosincrasia, declaro que el libro de Burguete me ha hecho pensar mucho y hondo. Ya era hora que el ambiente de renovación que cruza por el mundo, transformando leyes, costumbres é instituciones, penetrara en los ejércitos, modificando su concepción arcaica de las funciones á que están destinados.

Burguete lo dice y lo prueba en su libro. Pasaron los tiempos de los rebaños guerreros. La teoría de la bayoneta inteligente triunfa en el terreno de la abstracción filosófica y ya es hora de que triunfe también en la práctica. El soldado no es una máquina, un guarismo algebraico, un factor inconsciente en las elucubraciones matemáticas de los tácticos modernos. Compuesto de nervios y carne, de inteligencia y voluntad, necesita que se le considere en su parte moral y que se utilicen sus cualidades psíquicas tanto como sus condiciones de robustez y resistencia.

Así lo proclama Burguete en el libro que me ocupa. *Mi rebelldia* es eso, la obra de un rebelde que quiere modificar el concepto social y ético de las instituciones guerreras; que quiere revolucionar la guerra, convirtiéndola, de arte de matar desde lejos y sin riesgo, en escuela de caracteres y en taller de almas...

FABLIÁN VIDAL.

ALMA DE ITALIA

«Para librarme de lo imprevisto cuando mi estancia se queda sola, guardo en mis ropas un Santo-Cristo, un Santo-Cristo y una pistola.

«Si quien me acecha, siendo un malvado, también es hombre de religión, valdrá el Cristo crucificado, si no, el revólver de doble acción.

«Yo soy un alma que el miedo asedia; mas ¡guay del hombre que me maltrata! Como los frailes de la Edad Media, la propia mano bendice ó mata.

«Y por librarme de lo imprevisto cuando mi estancia se queda sola, guardo en mis ropas un Santo-Cristo, un Santo-Cristo y una pistola.»

AMADO NERVO.

LAS MANOS MISTERIOSAS



o es una de esas memorias predestinadas á la huesa común de las frágiles cosas fugitivas

que pululan, se confunden y se pierden en la repetición despiadada de la vida bajo la maravilla del sol; frágiles cosas evanescentes, leves y trémulas como pétalos de nieve en un cielo de plomo. Es una memoria inmortal como la maravilla del sol.

Recuerdo bien el día, la hora, el minuto...

Fue de noche. En el alba propicia del recuerdo miro cómo se reconstruye el cuadro portentoso: miro cómo abren los jardines de plata en los plumajes de las nubes bohemias; cómo en el azul joyante las nubes gitanas, cual gaviotas enormes, abren sus alas florecidas. Sí, sí, bebo íntegra la impresión rediviva de la belleza ambiente.

De noche fue... una áurea noche sonora sembrada de gemas en el azul joyante.

La maga inesperada turbó el éxtasis del alma absorta en el milagro inundante de la noche sonora.

Y no vi ya nada más. A ella, á ella sola fue mi alma como á una fuente sagrada; y en la fuente sagrada, mi alma conoció la extraña miel de internas caricias arcanas, insólitas caricias recónditas que agravan el secreto supremo del corazón humano.

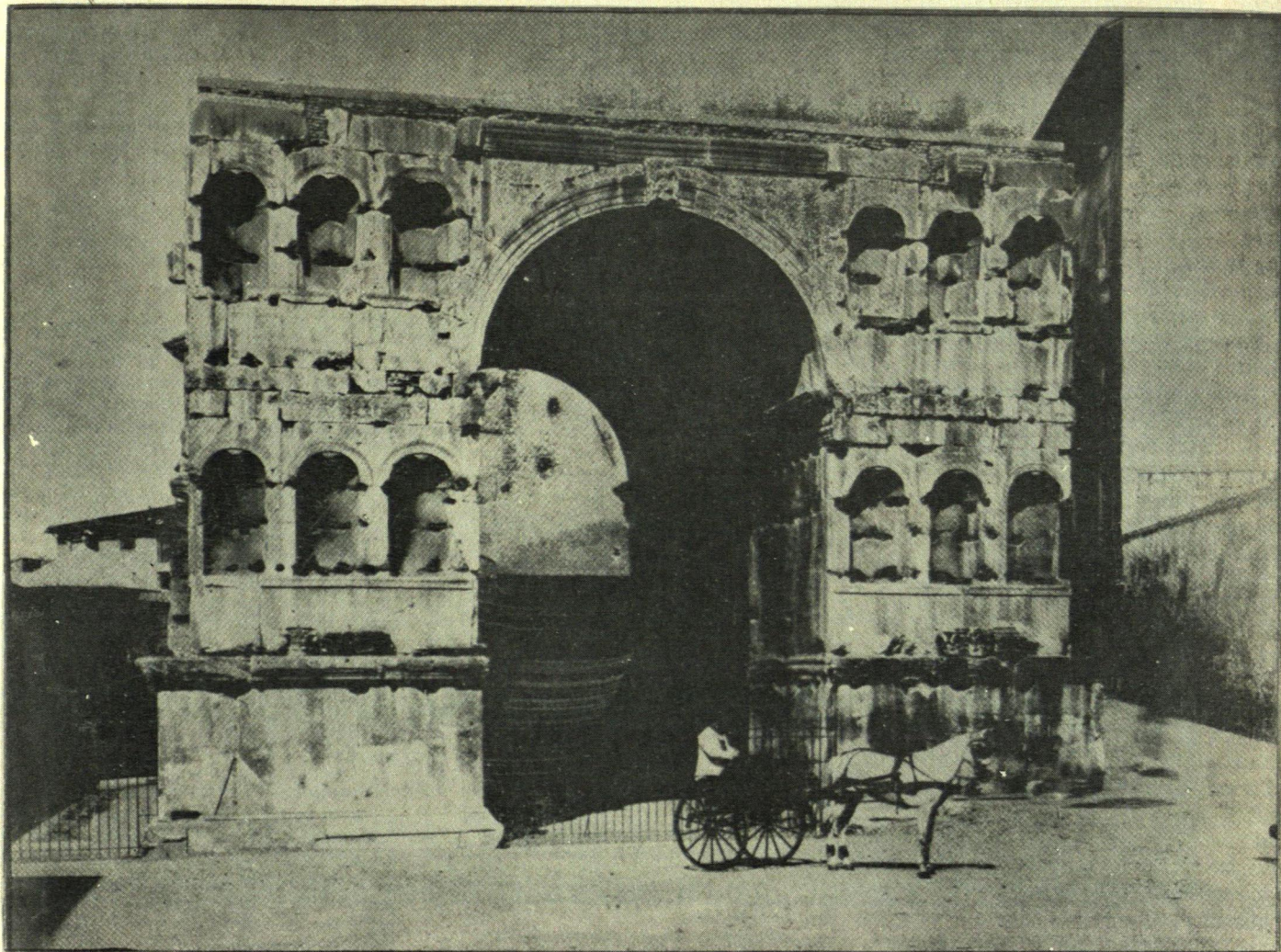
Yo sentía que su esplendor triunfaba sobre el esplendor de las joyas y la seda de la noche inundante.

Sus grandes ojos claros, claros ojos lucíferos; el oro de sus cabellos, oro oscuro, oro espeso, puro oro de las playas acaudaladas; la gracia sensual y sutil, la gracia de los labios terribles; el raro perfil finísimo; el niveo cuerpo delgado en el que una opulencia respetuosa rompía gallardamente en el ritmo de la curva del talle la delgadez señoril del cuerpo marmoroso, podían más que la noche radiante. A su soplo, la eterna llama fecunda formó hoguera en mi alma. En la hoguera genésica cayeron como perlas combustibles, inúmeros granos dorados de la arcana mirra embriagadora; y en la recrudescencia del viejo fuego bendito, al calor de la gran flama invicta, resplandecieron, volaron y cantaron lirios, rosas y pájaros que dormían ó gemían ó se morían en la nieve de precoces inviernos.

En el hechizo, mis ojos delirantes buscaron en el cielo las formas inefables de los sueños del alma...

La infinita pedrería derramada en el azul joyante era humilde corona para su cabeza de reina; y en la gran noche sonora, en la gran noche augusta, su belleza divina entonaba la música ideal de un himno sumo á la gloria de las manos misteriosas.

JACINTO LOPEZ.



ROMA: Arco di Giano Quadrifonte

HACIA ATRAS

Desde que se esparció la noticia de la muerte de Herbert Spencer, cargado ya de años, he pensado más de una vez que los últimos de su vida debieron de ser algo tristes, á pesar de la ponderación de su espíritu, tan seguro de sí mismo. Los sucesos del mundo contemporáneo, y en especial los que se desarrollaban en torno suyo, parecían empeñados en contradecir sus teorías, ó por lo menos algunas de sus aplicaciones de mayor alcance.

Leyendo después su último libro, *Facts and Comments*; el codicilo, como quien dice, de sus numerosas obras, he vuelto á tener esa misma impresión. Hay allí artículo, como el famoso *Re barbarization*, que leído á continuación de los capítulos en que Spencer expone los caracteres de la civilización industrial, que había de borrar los vestigios del militarismo en los pueblos cultos de occidente, suena como una especie de melancólica palinodia.

Desde luego, el filósofo podía alegar que la evolución no supone el progreso indefinido y menos en línea recta, sino

que implica también periodos regresivos. Pero, de todas suertes, no debe ser muy consolador encontrarse uno en pleno reflujo, cuando se creía levantado en la cresta de las olas que hincha la pleamar.

Los síntomas de retroceso hacia la preponderancia del espíritu militante, que Spencer anota en ese y otros de sus últimos escritos, se hacen cada vez más ostensibles. Pudiera, sin dificultad, hasta señalarse la época en que se le vió reaparecer pujante en el centro de Europa, y difundirse, parte por acción directa y parte por contagio, hasta América y el extremo Oriente. El sistema militar prusiano ha sido el virus que se ha esparcido por estos organismos sociales, con la rapidez y tenacidad de la bacteridia carbuncosa en los campos malditos de Beauce.

Ningún cambio social de tanta importancia puede producirse, sin que su influencia se repercuta en diversos dominios de la vida del espíritu, y muy especialmente en la esfera moral. Spencer, en el artículo designado, cita más de un ejemplo de las transformaciones que ha introducido en el gusto y las ideas domi-

nantes. Y es harto sabido que cuanto tiende á modificar la opinión pública y á conformar en moldes nuevos las costumbres provoca desviaciones en la moralidad corriente. El resultado más grave del militarismo, á este respecto, es su propensión á dividir la sociedad en especies de castas, con un código moral exclusivo al uso de cada una.

No ha muchos días ha circulado por la prensa de ambos mundos la narración de un caso, ocurrido en San Petersburgo, que merece fijar la atención, porque es á todas luces típico, y pone al descubierto los resortes de las conciencias, falseadas por esos prejuicios de clase.

Un oficial, que iba por las calles al frente de sus soldados, fué de súbito acometido por un hombre harapiento, que se precipitó sobre él, injuriándolo y golpeándolo. Al ademán del oficial para descargarle un sablazo, sólo contestó el agresor: «Mátame, mátame». El oficial se contuvo, se encogió de hombros, y continuó con su tropa. Pocas horas después, el oficial se mató de un tiro.

Hé aquí ahora la explicación psicológica de este hecho monstruoso, dada por

el mismo suicida en una carta á su coronel:

«Comprendo que mi conducta será condenada por mis compañeros de armas... He debido matar al hombre que me golpeó... Había, en efecto, echado mano al sable; pero al ver ante mí una pobre criatura hambrienta, que, en vez de huir, me miraba como un loco, gritando: «Mátame, mátame»; no pude herirlo... Tuve lástima de él; sentí que antes que oficial era hombre... Y como no quiero que se me pueda acusar de incorrección y cobardía, me mato».

No es posible leer estas frases tan lúcidas y por lo mismo tan tremendas, sin sentirnos penetrados de horror. Esa lucha entre la humanidad y el puntillito tiránico, absorbente y al cabo ofuscador, no puede ser más trágica, ni decir con más elocuencia todo lo que va retrocediendo la conciencia moderna en el camino de la verdadera sociabilidad, que exige la aproximación y en cuanto es posible la unificación, no la separación de los sentimientos morales de los asociados.

Pero hay algo más horrible que los desgarramientos de ese espíritu, víctima del Moloch del falso pundonor militar: los comentarios del periódico profesional el *Rosvedtchik*, en que su director, el general Dragomirof, concluye, censurando duramente al pobre oficial, y sentando que su deber era haber malado en el acto á su agresor. «El oficial es como la pólvora, dice el general, pacífico mientras se le deja tranquilo; á la primera provocación debe aniquilar al impudente que osa atacarlo.»

Lo que no dice el fogoso escritor es que la pólvora se mantiene cuidadosamente cerrada en bóvedas á prueba de fuego, y no se pasea descubierta por las calles. Ni se detiene tampoco á escudriñar si cabe provocación de parte de un insensato. Eso es baladí; la pólvora estalla lo mismo si deja caer la chispa un infante que sonríe ó un coloso frenético.

Ahora, lo que debe preocupar seriamente á los que amen la civilización y la humanidad es la creciente multiplicación de los hombres-pólvora.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

YO NECESITO TU MANO NEVADA

Yo necesito tu mano nevada
Sobre mi frente ardorosa posada,
Para sentir un frescor de alborada
Cuando me toque tu mano nevada.

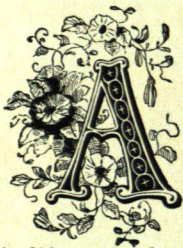
Yo necesito las aguas serenas
De tus pupilas amadas y buenas,
Para lavarme de culpas y penas
Con la virtud de tus aguas serenas,

Y necesito tus largos cabellos
Que me parecen un haz de destellos,
Para llorar y enjugarme con ellos,
Con tus castaños y largos cabellos.

EFREN REBOLLEDO.

LOS VIAJEROS

A la Risa dije: Enloqueces:
y al Placer, ¿de qué sirve
esto?—Eclesiastés.



ANTHROPOS, trovador y caballero, hizo edificar una ermita en la falda de una colina.

Y abandonó su castillo (en las puertas de su castillo había cadenas de hierro, real honor), y llevó á la ermita la indiferencia de su corazón.

Porque en su espíritu había crepúsculo, así cuando la Primavera reía en las hojas rojas de las rosas, y en la nieve de los jazmines y en la albura húmeda de los lirios, como cuando el Estío hacia cantar á las cigarras entre las hojas y el Otoño tornasolaba las uvas en las viñas y el Invierno guiaba sobre la tierra sus tristezas frías y blancas.

Pero la soledad no habló á su oído esas suaves y consoladoras palabras que han escuchado todos los solitarios: «Oculta bajo las alas del Tiempo, vive la Esperanza.»

Y escribió en un muro: «En el lugar en que cayere el árbol, allí quedará.»

Desde la ventana de la ermita, por entre la fronda, iba su mirada al camino zigzagueante al pie de la colina. El sol hería los rostros de los viajeros, ó la lluvia caía sobre sus cabezas, ó la nieve blanqueaba sus hombros, ó la bruma los envolvía con mantos fantásticos. Anthropos los veía espolear sus caballos y pensaba: Van al amor; van á la ambición; van al miedo.

II

Una noche llegó un viajero y le pidió hospitalidad.

Era una noche tempestuosa y sonora. Las tinieblas se aglomeraban en las copas de los árboles y se dispersaban bajo los relámpagos ó huían de los ecos del trueno en las hendiduras de las rocas. El viajero tenía noble y severo aspecto; en sus ojos había tristezas profundas.

Anthropos le cedió su lecho y esperó la aurora, mirando por la ventana abierta el descenso de las serpientes luminosas. Pero hé aquí que rayó el alba y vió que el huésped estaba muerto; y en sus ojos abiertos no había tristeza, sino infinita paz.

Y murmuró: Tal vez la muerte... Sobre el corazón del viajero halló un pequeño pergamino que decía: «Señor, mi rey; vuestro enemigo ha dicho: cualquiera que me entregare el cuerpo de mi enemigo, será grande delante de mí.»

Anthropos supo entonces que el viajero era un rey vencido. Y puso el cuerpo del muerto sobre sus hombros y subió á la cumbre de la colina, abrió un hoyo y allí lo enterró.

Y volvió á su ermita y por la ventana abierta siguieron sus miradas el vuelo de las aves gozosas después de la tempestad.

III

Fué en otra noche lóbrega y triste, cuando un viajero llamó á la puerta de la ermita. Sus ojos eran sombríos y su aspecto sórdido.

Anthropos le cedió su lecho y esperó la aurora, mirando por la ventana abierta los negros hilos de la lluvia que doblaban las hojas de los árboles. Cuando rayó el alba, el viajero dijo: «Hé aquí que yo sé que un tesoro está enterrado bajo tus plantas.»

Y Anthropos no miró siquiera á sus plantas, sino que dejó ir al viajero y lo olvidó.

IV

Y fué en otra noche obscura y silenciosa, cuando oyó llamar á su puerta. Y abrió la puerta y entró una mujer.

Jamás en los ojos de Anthropos esplendó la belleza de tan deslumbradora manera. Diríase que en los labios de esa mujer dormían caricias infinitas, y en sus ojos atormentadoras y extrañas voluptuosidades. Anthropos miró entonces hasta el fondo de su propio sér, y su sér estaba frío como un muerto.

Y esperó la aurora, mirando por la ventana abierta la espantosa lucha de las tinieblas en el cielo. Y cuando llegó la aurora, vió que la mujer era ida y el lecho estaba vacío. Entonces se recostó en el lecho y no sintió el suave calor que había dejado en él el cuerpo de la mujer. Y mientras su espíritu seguía los caminos misteriosos que conducen á mundos desconocidos, sus labios balbuceaban: Tal vez la muerte...

V

Una mañana dormía Anthropos bajo un árbol y descendió una ave del cielo y le devoró los ojos. Se hizo la noche en torno suyo; pero la noche no era más amarga que el día. Desde entonces llegaron á su oído con mayor intensidad los gemidos interminables del viento en el espacio sin límites.

VI

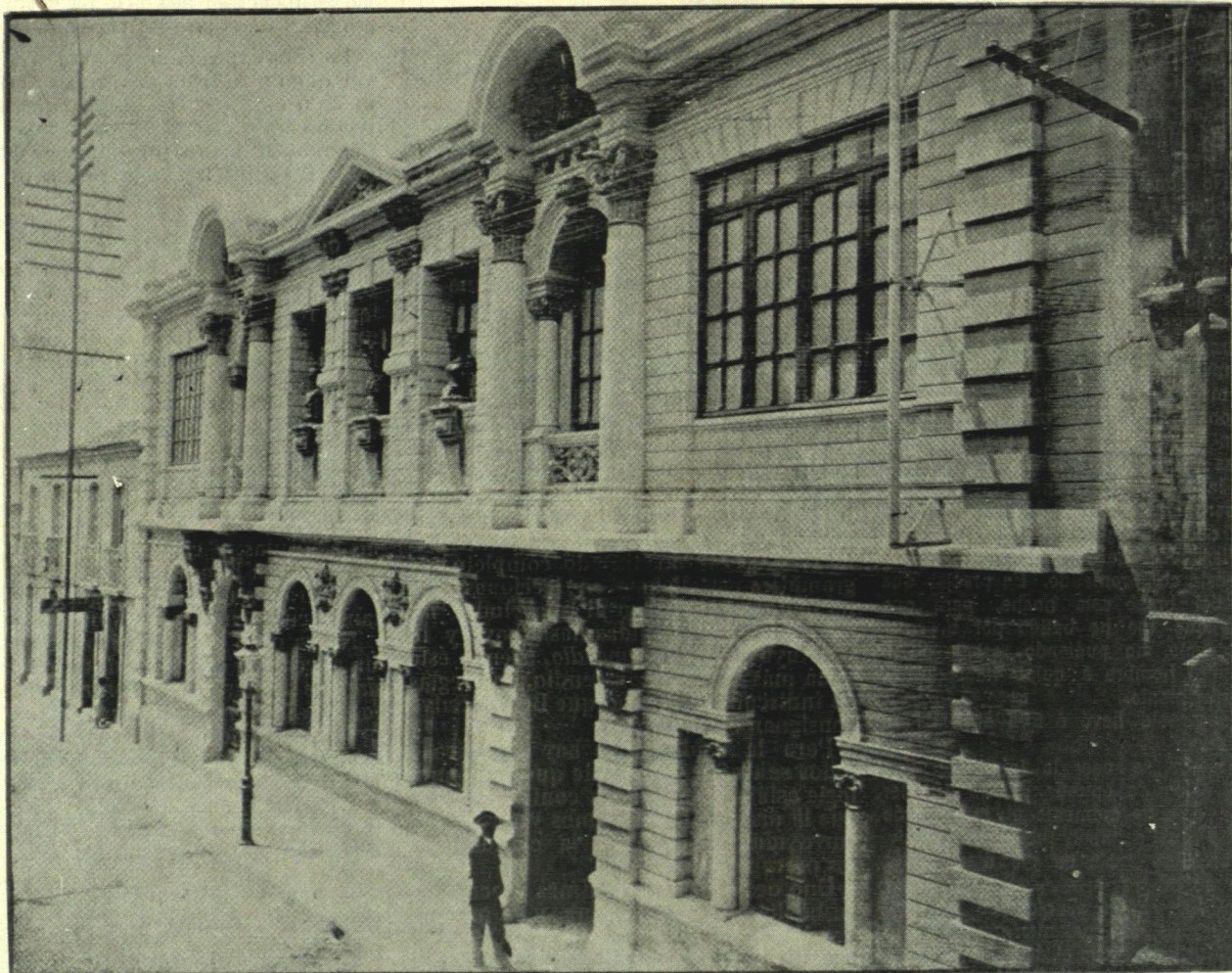
Pasaron muchos años. Muchas veces las hojas de los árboles fueron arrastradas por los vientos del Otoño, y muchas veces la Primavera hizo renacer las hojas de los árboles; pero en el corazón de Anthropos no renacía ni la alegría ni el dolor, ni el temor ni la esperanza.

Y fué en una noche maravillosa cuando apareció en la ermita el último viajero.

Era una noche del Estío. Por entre las ramas de los árboles, la luz de la luna era como una larga mirada clara y consoladora. Reía el arroyo al pie de la colina y erizaba su dorso de escamas argentinas. Había en el ambiente alegrías nupciales, y por la tierra y en el cielo pasaba un soplo del Infinito Bien.

El viajero tenía el rostro suave y pálido y profundamente doloroso. Un rayo de luna, deslignándose entre la fronda, caía sobre su cabeza y se enredaba en sus cabellos negros. En sus ojos extraños, la mirada parecía venir de incalculables lejanías. Sus labios murmuraron: Te traigo la paz. Entonces sintió Anthropos que la indiferencia de su corazón se deshacía como la nieve bajo el sol. Y penetró el espanto en el alma, y sudor de angustia cubrió su frente y chocaron sus dientes y se apartó la carne de sus huesos y emblanquecieron sus cabellos. Y Anthropos murió de terror.

RICARDO JAIMES FREIRE.



CARACAS: Academia Nacional de Bellas Artes

Arquitecto: Alejandro Chataing

EL ARGUMENTO DE UN DRAMA

—

Después de la comida, charlaban alegremente varios amigos en la sala destinada á fumar.

Y el judío Pereira, Director de uno de los Teatros de París, decía en tono solemne:

—No hay obra buena cuyo argumento no pueda referirse en cinco minutos.

—No soy autor dramático—contestó Mauricio L..... agregado de embajada,—pero si usted quiere, amigo Pereira, le contaré una anécdota de la que podría sacarse un buen partido con destino al teatro. Pero el plazo de cinco minutos para relatar el argumento, es demasiado breve.

—Bueno—exclamó el judío,—le concedo á usted un cuarto de hora.

—Pues bien; la historia que voy á referir causó en Austria gran sensación, en los tiempos en que yo residía en aquel país.

Había á la sazón en Viena un médico de extraordinaria fama para las enfermedades del Corazón.

El doctor Arnold, que así se llamaba, tenía cuarenta años y contaba con una magnífica clientela.

Una familia rusa, la familia de los Skebeloff, residente en Viena, llamó cierto día al doctor para que visitara á la señorita de la casa, en quien la ciencia había descubierto un principio de aneurisma.

Arnold auscultó á la hermosa Eva y se enamoró locamente de los encantos de aquella admirable morena de diez y ocho años.

—Mauricio—interrumpió el dueño de la casa,

—eso parece una comedia, y nos has prometido un drama.

—Todo se hará. Al poco tiempo, el doctor contrajo matrimonio con Eva, y los Skebeloff se fueron á vivir á Moscou.

Arnold amaba á su mujer, como á su esposa y como enferma, adorándola y cuidándola con singular esmero.

Eva, cuya salud se iba restableciendo por momentos, volvió á frecuentar la sociedad y hasta se permitió bailar en repetidas ocasiones.

—¿A pesar de su enfermedad del corazón?

—Sí. Y estaba, al parecer, tan bien curada, que su esposo le había permitido bailar, como médico, aunque de buena gana se lo habría prohibido como marido celoso. Porque el elegante Capitán Blazewitz—un Apolo con uniforme—figuraba siempre en primera línea en el programa de baile de la señora de Arnold.

—¡Corriente! dijo Pereira,—ya está hecha la exposición de la obra.

—Sí, señor; y ahora vamos al nudo del drama. Cierta día descubrió Arnold un paquete de cartas.....

—Ese es un recurso muy usado.

—Es usted insoportable, amigo Pereira; pero no es posible falsear la verdad histórica. Las ciertas cartas.....

—Demostraron al marido su deshonra.

—Eso es.

—Si conoce la historia, ¿por qué no la cuenta usted mismo, amigo Pereira?

—No la conozo; pero la supongo y la desarrollo. Conque el marido se vengó....

—Cometiendo uno de esos crímenes que quedan ignorados.

—Pues entonces, ¿cómo ha tenido usted noticia del caso?

—Porque el doctor habló en confianza, movido por ese instinto que obliga á los culpables á revelar el secreto que poseen.

—Adelante.

El esposo ofendido imaginó una venganza terrible, sólo permitida á un hombre de esa profesión. Eva no estaba radicalmente curada de su enfermedad, y desde aquel día consagróse Arnold á devolvérsela y acrecentársela por todos los medios imaginables.

Por las cartas que había sorprendido, conocía el doctor la intensidad de la pasión que dominaba á los dos amantes.

Aquel Maquiavelo doméstico contuvo su indignación y puso especial cuidado en estorbar con disimulo las entrevistas de los criminales, interceptando la correspondencia y procurando empeorar cada vez más el estado de su esposa.

El doctor iba matando á su mujer con la misma precisión con que antes la había curado.

Y el hipócrita le decía: «¿Pero qué tienes, mi querida Eva? Mi ciencia no me sirve ya de nada. Estás triste y cualquiera diría que te mueres de pena. ¿No eres feliz conmigo?» Al cabo de seis meses, los síncope eran más frecuentes y las palpitaciones más rápidas, habiendo reaparecido todos los síntomas del aneurisma.

—¿A que no interrumpe usted ahora, amigo Pereira?

—Sí, señor, le interrumpiré á usted para de-

cirle que ese es el segundo acto, el nudo de la obra. Venga ahora el desenlace.

—Al instante. Una tarde entra el doctor como una tempestad en el cuarto de su mujer, y le dice de repente: «Lo sé todo, miserable. El señor de Blazewitz es tu amante.» La pobre Eva palideció, como si fuera á exhalar el último suspiro, y dijo: «¡Mátame si quieres!» Era lo que la infeliz deseaba. «No pondré mis manos sobre una mujer—repuso Arnold.—Tu cómplice ha pagado por los dos. Acabo de batirme con Blazewitz,.... y.... le he matado!» Eva cayó sobre la alfombra. Pero el doctor había mentido, pues no era capaz de atreverse con el Capitán, que pasaba como uno de los mejores tiradores de Viena. Arrodillóse junto á su mujer, tendida en tierra, y le cogió una mano. El pulso latía aún y. Eva vivía. Entonces, el verdugo procuró reanimarla con un cordial. «Vas á vestirte y á ponerte todas tus joyas para acompañarme al baile de la Embajada francesa»—No puedo, me sería imposible.—«Vístete y partamos. He dado por pretexto para mi desafío con Blazewitz una cuestión de juego y mi honor está comprometido. Es preciso que nos vean del brazo esta noche, para que nadie crea que me he batido por tí.»

Eva obedeció, no pudiendo resistir á las exigencias del hombre á quien había ultrajado tan cruelmente.

El doctor Arnold llevó á Eva al baile de la Embajada.

Al llegar, dejóse caer la infeliz en una butaca del salón de entrada, donde un ujier proclamaba á cada momento el nombre de las personas que se iban presentando.

El doctor permanecía en pie detrás de la butaca de su esposa.

De pronto se acercó al oído de Eva, como para dirigirle una galantería, y le dijo: «¿Y aún no te ha matado el dolor, miserable? «¡Todavía nó!»—murmuró la ajusticiada.—«Pues bien, mira, añadió el asesino, indicándole la puerta—y muere de alegría.»—En aquel momento, el ujier anunció con voz sonora:—«El Capitán Baron de Blazewitz!»—El oficial entró y buscó con la mirada á Eva, á la que apenas reconoció.

La señora de Arnold se levantó de su asiento, como movida por un resorte, lívida y desenfajada; llevóse la mano á la garganta y cayó muerta sobre el pavimento.

El escándalo fue espantoso. El doctor se precipitó sobre el cadáver de su esposa, lanzando gritos de dolor, y la desesperación de Blazewitz habría dado mucho que hablar, si un amigo no le hubiese sacado á toda prisa del salón.

Retiráronse los convidados, y el «buffet» fue entregado á la voracidad de la servidumbre.

Mauricio guardó silencio y á los pocos instantes se presentó la dueña de la casa; —Vamos, señores, ¿todavía no han acabado ustedes de fumar?

Al pasar al salón, dió Pereira el brazo á Mauricio y le dijo:

—¿Pero qué ha sido del doctor?

—En un momento de imprudencia tuvo la debilidad de vanagloriarse de su crimen, que, por lo demás, se sustrae á todo género de castigo. En la actualidad reside en Varsovia, donde tiene una clientela de primer orden, y continúa repitiendo á los enfermos de su especialidad: «¡Sobre todo, nada de emociones fuertes!» Y ahora dígame usted con franqueza, ¿qué le ha parecido á usted el argumento del drama?

—No me parece mal. Pero tengo la seguridad de que los críticos dirían que es una imitación de la «Julia» de Octavio Feuillet.

FRANÇOIS COPÉE.



DE MI CARTERA

(LIBRO INÉDITO)

CORRECCIÓN
VII

Abundante y hermosa la doctrina de los afijos y de los enclíticos en los tratados de Bello y de Salvá, se reduce en la *Gramática* de los inmortales á pocas reglas y á esta gran síntesis en que la Academia encuentra comodísimo canapé: «El buen gusto y la lectura de los autores clásicos, pueden únicamente servir de guía.» (*) ¡Valiente modo de enseñar, dejando á los discípulos la tarea del maestro! Al doctor Limardo le pareció, seguramente, hartamente ineficaz y adventicio el tal recurso en un tratado completo de gramática castellana y en lecciones que no han expuesto bien ni mal todas las observaciones recogidas hasta hoy; y lo substituyó en su *Compendio*, siendo éste nada más que un compendio, con reglas de indiscutible utilidad que Bello y Salvá consignan en sus obras.

Para la Academia no hay enclíticos: todos son afijos apesar de que la etimología está autorizando lo contrario, y de que la distinción entre unos y otros concurre admirablemente á la claridad de los preceptos. Allá ella.

Uno de los descuidos más frecuentes en la literatura venezolana, y el más generalizado entre nuestros autores, es el uso sin regla ni concierto, de afijos y enclíticos. Indudablemente la forma afija *me enseñó* y la enclítica *enseñome*, son igualmente castizas; pero de su oportuna colocación en la cláusula, depende en gran manera la elegancia del discurso.

El uso de los enclíticos en oraciones de modo indicativo, requiere que el verbo sea la primera palabra de la proposición, cualquiera que sea la calidad de ésta: «*Detúvose* ante la cruz, *descubriose*, y como *se creyó* solo, esto es, sin testigos que confundieran su hipocresía con la verdadera devoción, *volviose* malhumorado y se marchó por donde vino».

Detúvose está al principio de la primera proposición; *volviose* constituye la segunda, y en seguida dice *se creyó* (afijo) y no *creyose* (enclítico), atendiendo á que la frase cae en medio de la proposición. Donde dice *detúvose* y *descubriose*, pudo decirse *detuvo* y *se descubrió*, pero el afijo *se creyó* no ha podido cambiarse por el enclítico *creyose*. Si faltamos á esta regla, la construcción resulta insoportable, como lo observa Bello y como cualquier oído puede apreciarlo: «Ante la cruz *detúvose*, y como *creyose*....» «La señora *desmayose* en momentos en que *bañábase*.» «Cuando la ciudad *rindiase* sin saber que el fuerte *entregariase* porque *consumieronse* las provisiones....» Cambiense por afijos todos esos enclíticos y se verá la diferencia: «Cuando la ciudad *se rindió*, sin saber que el fuerte *se entregara* etc.» No disuenan, sin embargo, los enclíticos, después de *i*, *ó*, *mas*, *pero*, como en el caso siguiente:

(*) De esa disparatada construcción hablaremos al tratar del hipébaton.

«Una mañana, *empero*, *sorprendiose* á sí mismo pensando algo más de lo que habitualmente pensaba.»—ANTONIO R. ALVAREZ.

La sola exposición de esta regla hace ver que no se trata de vanos escrúpulos, ni de usos que las autoridades pueden recomendar por el ejemplo; á menos que consideremos al buen gusto como un mero capricho. Muy eminente puede ser un autor; pero si dice: «*Siempre que acuérdomede* de mi infancia *entristézcome*», no debe ser imitado.

Quisiera citar algunos ejemplos venezolanos en que se quebranta esta importante regla, pero no es bueno acusar á unos pocos del pecado de todos; pues lo repito: es muy difícil encontrar entre nosotros un prosista ó un poeta que atienda como es debido al uso correcto de los enclíticos y de los afijos. Ciertamente que la mayoría de los ejemplos que pudiera citar, no incurren en verdadera incorrección, pero quitan naturalidad á las expresiones, suavidad y elegancia á las cláusulas, y comunican cierta dureza y rebeldía á la oración.

Contra las reglas que siguen no se peca tan frecuentemente en Venezuela:

No se usan los enclíticos después de un adverbio: «*Si olvidaste* de mí, *no acordareme* de tí»; «*No encuentre* donde *dejole*»; «*Siempre figúrome*»; «*Mucho alégreseme*», etc. son expresiones detestables que ningún oído algo familiarizado con el habla castellana puede tolerar.

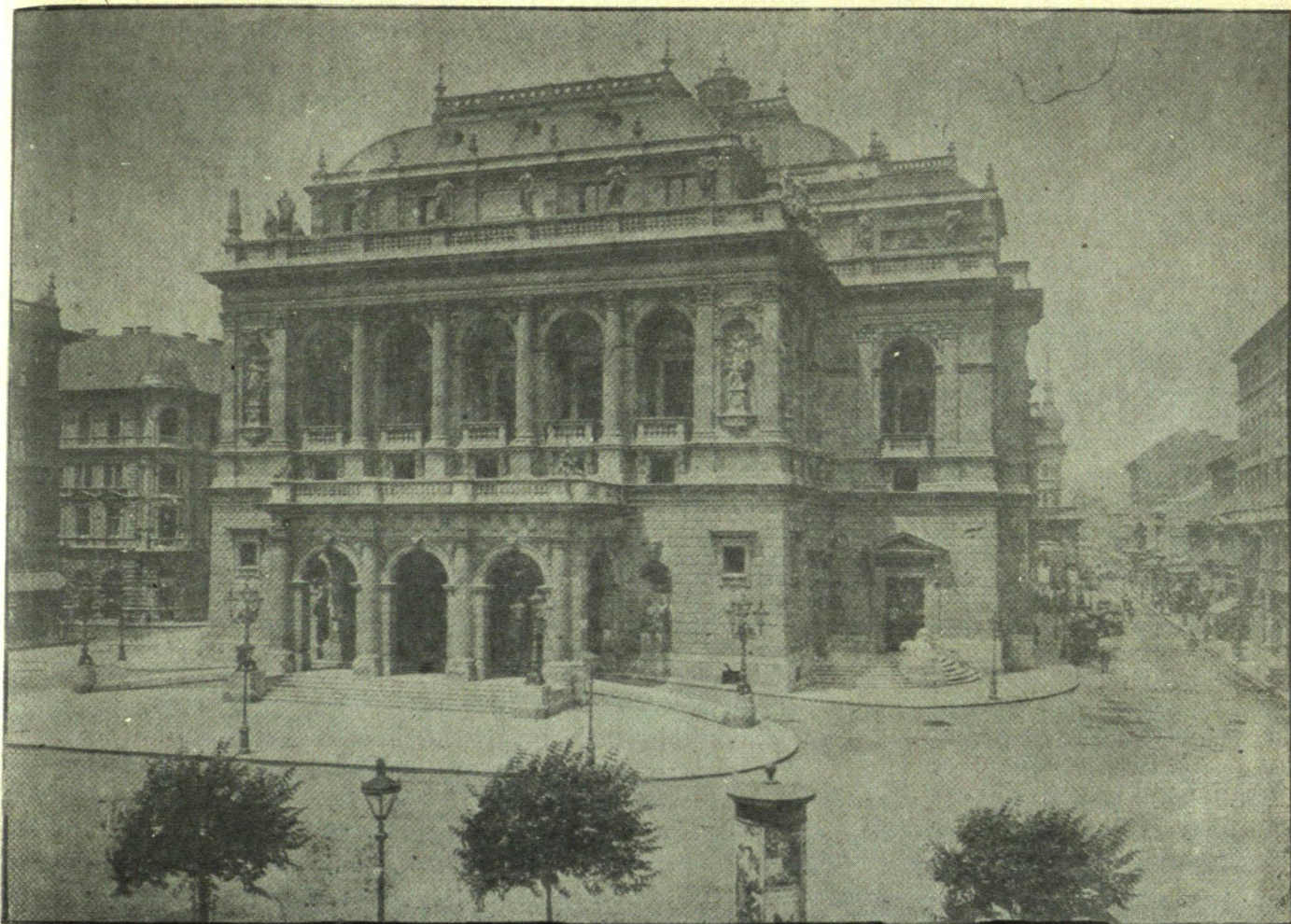
La misma regla se aplica á las oraciones indicativo-imperativas: «*Le dirás ó diraste*»; sólo que el futuro de muchos verbos se aviene mal con el enclítico.

«Las formas subjuntivo-optativas principian naturalmente la oración cuando esta es afirmativa, y no admiten afijos sino enclíticos: «*Favorézcate* la fortuna». Pero si la oración principia por otra palabra que el verbo, como puede muy bien, es al contrario, á lo menos en prosa: «*Propicia se te muestre* la fortuna», «*Blanda le sea* la tierra». De que se sigue que si la oración es negativa, no puede el verbo llevar enclíticos: «*Nadie se crea superior á la ley*»; «*Ni te engrías* en la próspera fortuna, *ni te dejes abatir* en la adversa».—ANDRÉS BELLO.

No necesitamos revisar las otras reglas, porque muy rara vez se peca contra ellas. No sé de nadie que (hoy, en el castellano moderno) diga, v. gr. *te pon el sombrero*, *te lo pon*, *por ponte el sombrero*, *póntelo*, *ni te lo decir* por *decírtelo*, *ni me dar* por *darme* etc. Básteme recomendar al lector, que si alguna duda tiene acerca de estas construcciones, recurra en primer lugar al Cap. XXXIII de la Gramática de Bello.

En libros mal traducidos del francés, se nota la repetición innecesaria de los pronombres personales: «*Él* entró y *él* me reprendió por faltas que *yo* no cometi, y *yo* no comprendo cómo *yo* le oí con calma». De tales galiparlas huyen acertadamente todos nuestros escritores; aunque alguna vez descuidan el uso atinado de los pronombres, de modo que, sin llegar á la forma galicana, debilitan el discurso.

No sólo existen casos en que la expresión del pronombre en la oración no tiene ni asomos de galicismo, sino que muchas veces nos haríamos oscuros si prefiriéramos la elipsis, y en otras ocasiones quitaríamos toda su energía á la



LA OPERA DE BUDAPEST

cláusula y burlaríamos nuestra intención. Las diversas terminaciones que toma el verbo castellano en su conjugación, indican la persona del sujeto, de modo que si digo *estudiamos* ya se sabe que el sujeto es *nosotros*; pero en la primera y en la tercera personas de singular del copretérito y del pospretérito no sucede lo mismo, pues si digo *estudiaba*, *estudiaría*, no sabe el lector si el sujeto es *yo* ó *él*, y en estos casos y en otros semejantes, el pronombre ha de ir expreso en la oración: «Yo estudiaba; él estudiaría». A menos que por el contexto, YA EXPRESADO, se pueda conocer el sujeto con toda exactitud. El mejor consejero es la claridad sin redundancia; y en otras ocasiones la necesidad de llamar fuertemente la atención del lector hacia la persona del sujeto, circunstancia ésta en que la expresión del pronombre contribuye por modo eficaz á la mayor energía: «Yo soy el camino y la verdad y la vida.» «Tú eres Pedro...» Sucede esto mismo cuando deseamos exponer un contraste entre dos sujetos, como en este pasaje de Cervantes: «Maravillado estoy, Sancho... Yo velo cuando tú duermes; yo lloro cuando tú cantas; yo me desmayo cuando tú estas perezoso y desalentado de puro hartó...»

Fuera de tales circunstancias la expresión del pronombre es redundante, viciosa y á la legua se le siente el tufo galicano. Es imperdonable el olvido de

estas reglas en el siguiente soneto, bellísimo por otros conceptos:

INVOCACION

Ojos divinos, tiernos, soñadores,
ojos llenos de luz y de alegría,
ojos que fecundáis el alma mía
para que en ella nazcan frescas flores;
ojos que estáis vertiendo en mis dolores,
para calmar su inmensidad bravía,
del más sublime amor la poesía
y de la fe los dulces resplandores;
Si *vosotros* me dais luz y consuelo
en mis horas de amarga desventura
y me mostráis en vuestro fondo el cielo,
después que el alma vuela hacia la altura
humedeced con lágrimas el suelo
donde me den los hombres sepultura.

GONZALO PICÓN FEBRES.

Nótese cómo el pronombre *vosotros*, tan sin motivo puesto ahí, llama la atención del lector como anunciando un contraste que luego no aparece, y debilitando en sumo grado la idea que el poeta se propuso expresar.

Ese *vosotros*, por otra parte, está ocupando un puesto que el autor necesitaba para completar, ó mejor, para precisar el pensamiento. La intención no fue decir: «Si *vosotros* hacéis tal cosa, yo haré cual otra», caso en el cual estaría plenamente justificada la expresión del pronombre; sino esto: «Si *ahora* hacéis tal

cosa, *mañana*, *después*, haced cual otra»; y para ese *ahora* necesitaba el poeta el lugar ocupado por el intruso *vosotros*. Véase qué diferencia, si el poeta hubiera dicho, v. gr.:

Si *hoy* benignos me dais luz y consuelo
en mis horas de amarga desventura
y me mostráis en vuestro fondo el cielo,

después que el alma vuela hacia la altura
humedeced con lágrimas el suelo
donde me den los hombres sepultura.

He puesto *si hoy* benignos, como pudiera poner *si hoy* amantes, *si hoy* alegres; pero dejando la elección del epíteto al exquisito gusto del poeta, lo absolutamente necesario es echar fuera aquel *vosotros* y ocupar su puesto con alguna relación de tiempo que complete el contraste. Si *hoy*, *si ahora*, *si en la vida*, *si al presente* me dais tal cosa, *después* dadme cual otra.

Ejemplos como el citado abundan en la prensa venezolana; pero como generalmente aparecen en obras de ningún mérito artístico y sobre firmas que no ejercen influencia notable, me contento con la reprobación de ese *vosotros*, tanto más pernicioso cuanto que figura, como se ha visto, en una verdadera joya literaria autorizada por un poeta eximio, escritor castizo y crítico muy competente y muy amante de la forma.

Por omisión se peca en un artículo

publicado en el N.º 283 de EL COJO ILUSTRADO. Dice:

“El maestro se toma tanto interés por mí como si fuera su hijo.”

¿Quién fuera? Por el contexto se sabe que es yo; pero es un vicio dejar al contexto el oficio de las expresiones. Ahí era necesario decir: «como si yo fuera su hijo», porque el sujeto de la oración es el maestro, y cuando el lector llega á la palabra fuera, la aplica necesariamente al sujeto, produciéndose una momentánea vacilación que Bello aconseja evitar en obsequio de la perspicuidad.

Nueva moda en algunos periódicos de Caracas, y moda de importación inglesa, es la elipsis del pronombre se, en casos en que el genio de nuestra lengua no la consiente. Los ingleses dicen yo baño cuando nosotros decimos yo me baño, y así construyen ellos muchos otros verbos que nosotros hacemos pronominales. La dicha moda ha empezado especialmente por el verbo embarcar, y todos los días se nos obsequia con anglicismos como los siguientes:

“El señor Bárbaro Englaud embarcó ayer para Liverpool.”

«Los conocidos comerciantes de esta ciudad don Anfibólogo Anglicano y su hijo, embarcarán mañana para Londres.»

El que lee esas cosas se queda pensando ¿qué sería lo que embarcó aquel señor, y qué irán á embarcar estos caballeros?; porque en la lengua castellana necesitamos expresar el complemento acusativo diciendo, v. gr. yo ME embarco, el SE embarca, ellos SE embarcarán etc. Pero entre las más terribles elipsis con que se engalana la prensa caraqueña, figura la segunda del siguiente ejemplo:

«Hoy embarca para Europa el señor N. acompañado de su esposa é hija.»

Horror! Este señor se casó con su propia hija, porque si no, el periodista habría dicho: «acompañado de su esposa y de su hija.»

Y ahora, señor lector, tenga usted mayor paciencia que hasta aquí, y lea y aprenda: me constituyo en su preceptor de primeras letras, y paso á enseñarle una lección que usted ignora.

La Gramática enseña que los pronombres personales se declinan por casos, tienen verdaderos casos en nuestra lengua, y que me, mí, son casos oblicuos de yo; te, tí, de tú; y le, se, sí, de él etc., etc.

La Gramática enseña también que los adjetivos mio, tuyo, suyo, llamados pronombres por derivarse de los personales, se vuelven, por apócope, mí, tu, su, cuando van antepuestos al nombre, v. gr. mí libro, tu libro, su libro.

Son, pues, mí, tí, sí, casos oblicuos de los pronombres personales, ó casos terminales como los denominan Bello y sus discípulos, y entre éstos algunos de tanta autoridad como el doctor Lisandro Alvarado; y son formas abreviadas de los adjetivos posesivos, las apocopadas mí, tu, su.

Mí, tí, sí, se han formado por declinación; y mí, tu, su, por abreviación. Una cosa es declinar, y otra muy diferente apocopar, recortar.

Si digo «El hombre se dirigió á mí», este mí es el pronombre yo en ablativo, ó caso terminal; mientras que si digo «Este es mí libro», este mí, sin acento,

es la forma abreviada del adjetivo posesivo mí. Estamos?

Cuidado, pues, señor lector, no confunda los verdaderos pronombres mí, tí, sí, con los posesivos mí tu su: ya ve usted que son cosas muy distintas entre sí.

Los pronombres personales mí, tí, sí, precedidos de la preposición de—caso genitivo—se usan muy rara vez, pues generalmente en lugar de decir «Este libro es de mí», empleamos el posesivo diciendo, «Este libro es mio,»—conforme al genio de la lengua.

El genitivo denota posesión, pertenencia y siempre lleva antepuesta la preposición de, jamás las otras; pero la preposición de puede preceder también al nombre en el caso ablativo, y por eso dice con mucho acierto la Gramática de la Real Academia:

«Adviértase que no son casos de genitivo, sino de ablativo, aquellos en que la preposición de significa lo mismo que por: como al decir, despedido de mí (por mí), recibido de tí (por tí), ayudado solamente de sí (por sí, por solas sus propias fuerzas).

En conclusión, señor lector, no confunda usted los pronombres personales mí, tí, sí, con los posesivos mí, tu, su; no confunda los casos de la declinación, con las formas abreviadas producidas por la apócope;... no se le ocurra á usted decir mí libro, tí libro, sí libro, en vez de mí libro, tu libro, su libro.

—Pero, caramba, ¿y esa era la lección? ¿No es un abuso venir á copiar aquí leccioncillas de sentido común, sabidas hasta por los pilluelos que asisten á las escuelas de primeras letras? ¿Y cuando, ni en qué lugar se le ha ocurrido á nadie pensar que las formas abreviadas de mio, tuyo, suyo, no son mí, tu, su, sino mí, tí, sí? ¿Quién dijo nunca jamás tí libro, sí libro?...

—Pues mire usted; le he hecho leer esas leccioncillas, para presentarle con todos los honores del caso, la más extraña novedad que, en asuntos gramaticales, puede usted imaginarse. ¡Ahora no se dice tu libro, su libro como antiguamente sino tí libro, sí libro, y con la preposición entre no debemos decir v. gr., entre mí libro y su libro de usted, sino entre yo libro y usted libro, todo según una nueva gramática enseñada á fuerza de coscorrones nada menos que por un académico de la Lengua!

Yo estaba acostumbrado á muy grandes sorpresas, en el estudio del idioma, me creía curado de espanto, como dice nuestro pueblo; pero confieso que cuando por la primera vez empezaba á leer la nueva lección académica, se me fué abriendo la boca y enfriando el gallillo, y aunque procuré templar mi estupefacción, atribuyendo el desatino á yerro de imprenta, no pude lograrlo ante las explícitas y repetidas afirmaciones del maestro. La nueva lección gramatical dice así:

«294. Yo, tí, son verdaderos pronombres personales, que se ponen en lugar del nombre. Mí, tí, sí, son ABBREVIACIONES DE LOS PRONOMBRES POSESIVOS MÍO, TUYO, SUYO; y por lo tanto envuelven en su uso la idea de posesión, por más que en algunos casos ésta parezca inapreciable. POR ELLO mí, tí, sí, deben ir SIEMPRE regidos por una de las preposiciones á, de, para, por, sin, con, entre, (*)

(*) Recuérdese que el caso genitivo, único que denota posesión ó pertenencia, va regido siempre de la preposición de y jamás por ninguna otra.—Nota mía.

lo que no acontece con los personales yo y tú, sino cuando éstos se construyen juntamente con la preposición entre.

295. El uso de la preposición entre con las ABBREVIACIONES DE LOS PRONOMBRES POSESIVOS, es una anomalía antigua que debe abandonarse porque á la frase corresponde gramaticalmente el nominativo: entre usted y yo!!!»

Ahora si huelgan los comentarios; ahora si podría quejarse el lector y acusarme de atrevido, si me detuviera á explicar todos los dislates contenidos en la lección que acabo de copiar. Limitome, por tanto, á declarar que la estúpida dislocación figura en el Capítulo III de El Castellano en Venezuela (Pags. 124 y 125), el mismo desgraciado capítulo en que, á una multitud de enseñanzas vilandas, se agrega el siguiente treno:

«249. De seguro que cuando se abandonen las disquisiciones metafísicas respecto de las partes gramaticales y se establezcan reglas claras y sencillas—(seguramente como esa de tí libro, sí libro)—al alcance de todas las inteligencias, se hablará y escribirá el castellano con mayor propiedad, y nos veremos libres de gran número de errores como los que hoy lamentamos, ya que la profesión de escritor público está desgraciadamente entre nosotros á merced de quien quiera como si fuera lo mismo que botar basura.»

Subrayo el vocablo desgraciadamente, porque está muy antigramaticalmente colocado, y porque para nadie es una desgracia la existencia de tan preciosa libertad. Donde este derecho ha de estar lógica y naturalmente restringido, es en ciertas corporaciones como la Academia, por respeto á la solidaridad y en resguardo de la integridad de los principios que sostienen. La Academia si estaba obligada á establecer dentro de su seno la previa censura, no para los versos, discursos, lubricaciones etc., pero sí para todo trabajo didáctico sobre la lengua castellana, para toda lección gramatical, para toda regla, en fin, que promulgada por un académico, ha de ajustarse necesariamente á los fines con que la Academia fue instituida. Entre muchas otras instituciones, la Iglesia Católica lo entiende así. Si El Castellano en Venezuela tratara de los dogmas y de la disciplina de la Iglesia y estuviera firmado por un sacerdote, ya la autoridad eclesiástica, cumpliendo con un deber ineludible, habría recogido el libro y excomulgado al herético autor.

Y si la libertad de publicar reglas diametralmente opuestas á la Gramática Castellana, y despropósitos que comprometen la solidaridad de un cuerpo colegiado, no está restringida dentro de la Academia de la Lengua,—como parece que no lo está,—¿cómo quejarse de que en la República, bajo las instituciones democráticas que nos rigen, tengamos todos el derecho de elegir entre botar basura y escribir para el público?...

Cuentan que el adivino Frasio, en la isla de Chipre, aconsejó á Busiris que malara á todos los extranjeros que llegasen á su casa, y fue el tal Frasio la primera víctima de su propio consejo.

¡Bendita libertad, aquella por la cual todos podemos escribir y publicar! Si no fuera por ella, El Castellano en Venezuela estaría inédito, y el libro «DE MI CARTERA, nonato.



BARQUISIMETO: Grupo de damas en la Plaza Miranda. — Fotografía de H. H. González

CANCION DEL ABANICO

—

.....Y cantó el abanico:

Una hermosura

mi dueño fué, tan pálida y tan pura
como indostánico marfil;
una noble beldad cuya pupila
daba celos al astro que cintila
en clara noche de zafir.

*

Idealizaba una sonrisa leve
su boca fina, sonrosada y breve,
grácil hermana de la flor;
y sus manos, tan finas como ágiles,
tenían la albura de esos lirios frágiles
áun no besados por el sol.

*

La lengua cauda de sus rizos era
rubia como la luz que reverbera
en la esmeralda de la mar...

¡Todo su sér romántico envolvía,
gasa impalpable—la melancolía
de los otoños que se van!...

*

Era su voz tan dulce y cristalina
como la queja de una mandolina
ó la canción de un ruiseñor:
quien la escuchaba, en su interior sentía
huir las penas cual la niebla fría
huye á los ósculos del sol...

*

Oh ¡cuántas veces mi opulento encaje
rozó la seda de su regio traje,
sus crenchas rútilas, ó bien
su tibio seno y su garganta helena,
blanca, tan blanca como la azucena
nacida en húngaro verjel!

*

Al oprimirme con su mano grata,
las rosas de oro ó el jazmín de plata
que ornán mi suave raso azul,
agitaban sus pétalos radiantes
como heridos por hálitos fragantes
y alegres ráfagas de luz.

*

En la penumbra de la ingente nave
del viejo templo misterioso y grave
yo sus plegarias pude oír,
mientras el incienso en espiral tardía
del sacro altar del sacrificio huía
con rumbo al célico país.

*

En fresca noche del triunfante mayo,
de triste luna el opalino rayo,
bajo el verdor de un florestal
la ví verter, en su dolor más bella,
lágrima ardiente—milagrosa estrella—
tras un profundo suspirar...

*

La vez postrera que miré á mi dueño
fué en una tarde del abril risueño,

toda gorjeos, toda luz:
esclarecida por piadosos cirios
ella dormía, coronada en lirios,
¡en un albísimo ataúd!

*

Hoy, entre cintas y marchitas rosas,
evocadoras de difuntas cosas,
no me acaricia ni un rumor;
mas no me quejo, pues en mí perdura
con el recuerdo de la virgen pura
¡su vago aroma turbador!

AUGUSTO MENDEZ-LOYNAZ

SAN IGNACIO DE LOYOLA

—

Conquistador sagrado de la Psicología,
tus armas son los vuelos del símbolo y el ave:
desde las medias tintas piadosas de la nave
hasta las albas todas qué da la Eucaristía.

Saber vencerlo todo, con mano fuerte y pía,
saber forjarlo todo, con alma intensa y grave,
buscando en el espíritu esa secreta llave
conque se abren las puertas de la misantropía,

fué tu mente. Llevaste sobre tu hombro un siglo,
como Atlas, Tu palabra carbonizó el vestigio.
Pero la Maga Estrella quiere hundirse en el Polo,

y oh! Padre! que en tu ciencia serás, eres y fuiste,
Calibán está alegre y Jesús está triste
y ya el Santo Sepulcro se va quedando solo.

EMILIANO HERNANDEZ

NOCTURNO

*Oh, pensativo huésped de las sombras,
en el camino que de luz alfombras
tal vez encontrarás alguna estrella
que presa en el fulgor de tu mirada,
ó de tu soledad enamorada,
brindándote su amor siga tu huella.*

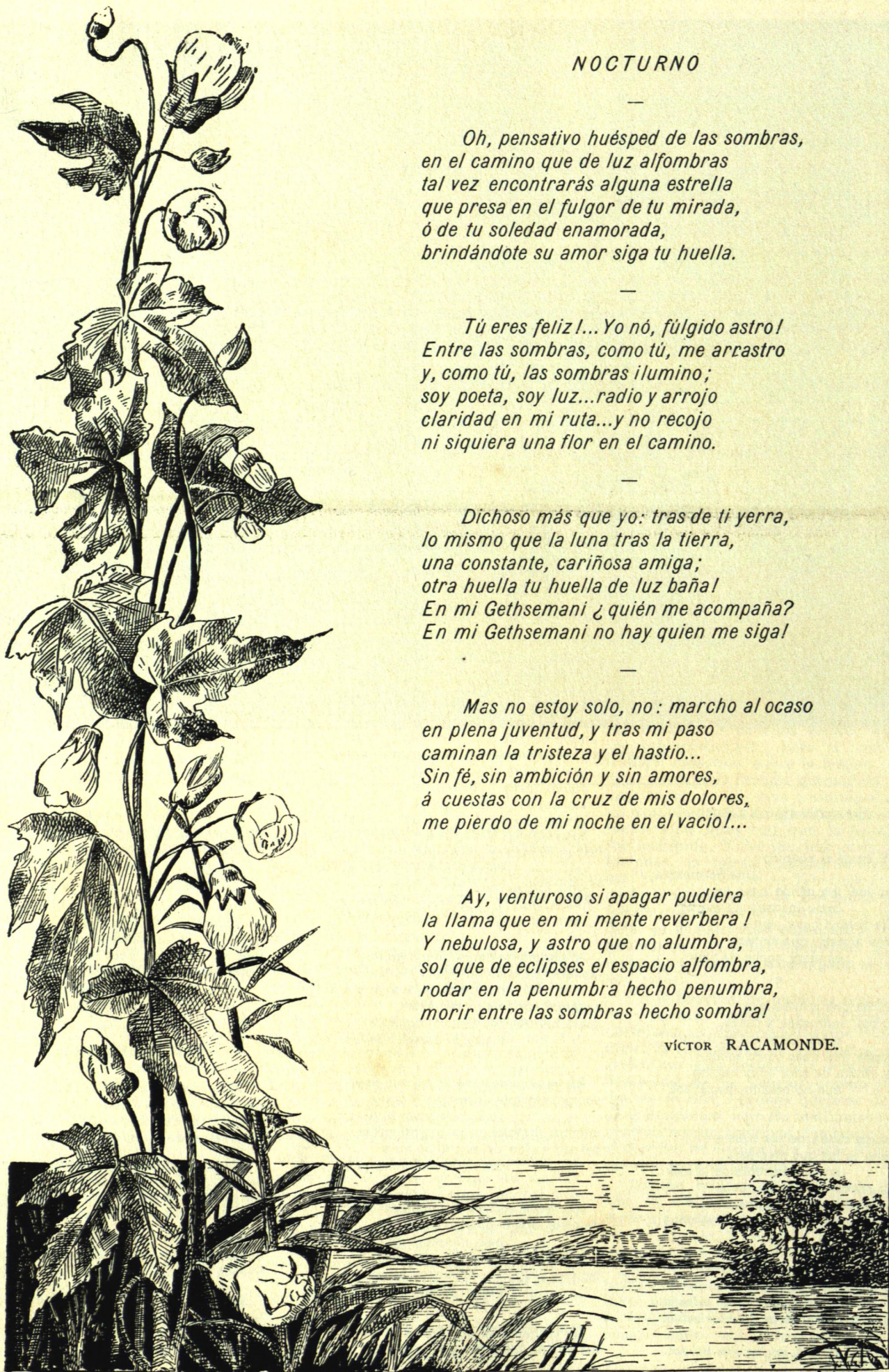
*Tú eres feliz!... Yo nó, fúlgido astro!
Entre las sombras, como tú, me arrastro
y, como tú, las sombras ilumino;
soy poeta, soy luz...radio y arrojo
claridad en mi ruta...y no recojo
ni siquiera una flor en el camino.*

*Dichoso más que yo: tras de ti yerra,
lo mismo que la luna tras la tierra,
una constante, cariñosa amiga;
otra huella tu huella de luz baña!
En mi Gethsemani ¿quién me acompaña?
En mi Gethsemani no hay quien me siga!*

*Mas no estoy solo, no: marchó al ocaso
en plena juventud, y tras mi paso
caminan la tristeza y el hastio...
Sin fé, sin ambición y sin amores,
á cuestras con la cruz de mis dolores,
me pierdo de mi noche en el vacío!...*

*Ay, venturoso si apagar pudiera
la llama que en mi mente reverbera!
Y nebulosa, y astro que no alumbrá,
sol que de eclipses el espacio alfombra,
rodar en la penumbra hecho penumbra,
morir entre las sombras hecho sombra!*

VÍCTOR RACAMONDE.





BARQUISIMETO: El Doctor y General R. González Pacheco, y su Estado Mayor. — Fotografía de H. H. González

EL ESPEJO

I



UANDO era niño, contaba Claudio Berney, los espejos me inspiraban gran terror. Me parecían abismos, cosas vacías y vertiginosas ante las cuales no

me animaba á detenerme. Durante el crepúsculo, de noche sobre todo, se me hacían terribles. Las cosas se mueven en ellos á esa hora de una manera tan extraña, con reflejos tan lejanos, tan profundos, tan misteriosos....

Había en casa, en el fondo de un corredor, un horroroso espejo verde, que se me representaba como la entrada á un mundo de fantasmas, de almas en pena, de vampiros; ¡cuántas veces se me han erizado los cabellos al tener que pasar por fuerza por ese corredor, á la hora tenebrosa en que andan los murciélagos!

Después, mi terror se disipó, pero he conservado siempre un recelo instintivo á los espejos. ¿No hay algo de perfidia y

de embuste en esas superficies casi invisibles, donde los objetos aparecen invertidos, donde lo que está al levante se presenta al poniente, donde nuestra mano derecha parece ser la izquierda, donde la escritura al revés se hace normal? El espejo es el simbolo más brillante de que todo en este mundo no es más que apariencia, ó, por lo menos, de que no hay nada que sea más real de una manera que de otra....

Nadie, sin embargo, tiene más motivos que yo para amar estos muebles íntimos; uno de ellos, una preciosa psiquis, con marco de ébano, ha hecho realmente el papel de hada en mi existencia.

¿Qué sería yo hoy sin la intervención de ese travieso espejo?

Yo tenía entonces 23 años y pertenecía á la tonta corporación de los jóvenes tímidos. Y puedo asegurar que no era tímido á medias. Chateaubriand, que se jacta de haber sido de una torpeza consumada en su juventud, podría haber pasado, relativamente, por una águila de audacia y de buen tino. Si he perdido este defecto, ¿no se lo debo también á la psiquis?

II

Tenía, pues, 23 años, y estaba enamorado. Pero enamorado sin esperanza. El castillo próximo al nuestro, había sido

alquilado ese verano por una familia lombarda, y las circunstancias crearon pronto vinculaciones entre mi padre y los recién llegados. Eran lombardos rubios, especie que no es rara; seres radiantes de petulancia, de ingenio, de elegancia. El padre parecía un retrato de Van Dyck; la madre conservaba vestigios de una belleza deslumbradora, y la hija, Francesca, agregaba á la luz, á la frescura de las rubias, ese encanto divino, esa flexibilidad armoniosa, esa vivacidad feliz y rítmica que sólo dentro de muchos siglos habrá pasado de las razas meridionales á las razas del norte.

Yo la amé casi inmediatamente, y este amor se acrecentó de una manera prodigiosa en pocas semanas. Pero, cuanto más la amaba, tanto más cohibido me sentía en presencia de ella. Además, estaba real y completamente convencido de que esa magnífica criatura no podía quererme. Por lo común, hay siempre una esperanza oculta en el fondo de las desesperaciones más intensas. Mi caso no era ese. Un teorema de geometría no era para mí más evidente que la imposibilidad de que yo llegara á ser el marido de Francesca. Por lo tanto, no había pensado ni por un momento en hacerle la corte. La amaba con desinterés; disimulaba mi pasión, como se disimula un sentimiento grotesco ó vergonzoso.

De modo que, por sutil que fuese, la

joven lombarda no sospechó nada; me había acogido con una afabilidad cordial, pero debió concluir por tomarme por un oseznó; y me hablaba raras veces y con frialdad.

Francesca tenía locos á todos los jóvenes de la comarca, y por mucho tiempo se mostró indiferente al homenaje universal. Pero al fin hizo su elección. Visiblemente, Alfredo Frontault obtenía una preferencia marcada sobre sus rivales. Francesca, sincera y sin coquetería, no disimuló el gusto que le inspiraba este joven, y yo no podía dejar de reconocer que él era superior en todo á sus rivales. Esto, sin embargo, no me consolaba. La idea de que Francesca iba á casarse, me ponía loco. Me paseaba por la orilla del río, con la cabeza ardiendo; el corazón, ora oprimido de angustia, ora palpitando con fuertes latidos dolorosos, y pensaba continuamente en el suicidio.

III

Una tarde, los Luraghi nos hicieron una larga visita. Francesca, mi hermana y una de nuestras primas, se habían retirado, después de un paseo por el parque, á la gran cámara roja, uno de esos aposentos sin destino bien definido que existen en ciertas viejas mansiones. Yo había entrado en él, quizá por casualidad, quizá arrastrado inconscientemente por el deseo de estar un momento con Francesca. Mi prima me había retenido haciéndome algunas preguntas. Y allí estaba yo todavía, hacia ya media hora, sentado un poco lejos. Mi hermana y Francesca me daban casi la espalda.

Mi prima fué la primera que se marchó; después salió mi hermana, para ir á buscar unas fotografías que deseaba mostrar á su amiga. Hubo un momento de silencio, un silencio pesado, opresor. Yo habría querido huir, pero los tímidos no saben irse.

Me quedé, pues.

Francesca me dirigió algunas palabras, á las que respondí apenas, y se sumió luego en una especie de abstracción.

Sus miradas se fijaban—así lo creía yo, por lo menos,—en la ventana, y no podía verme sin volver la cabeza. Esta circunstancia me infundió la audacia necesaria para contemplarla largamente, apasionadamente, sin apartar por un momento mis ojos de su fulgurante cabecita rubia. El corazón me latía con tanta fuerza, que me sentía como sofocado. Me asaltó una especie de delirio; y, seguro de no ser visto, con un impulso maquinal, me llevé la mano á los labios y envié un beso á Francesca.

Un minuto después entró mi hermana, y tuve al fin valor para levantarme y salir.

IV

Transcurrió un mes. Francesca multiplicaba sus visitas. Me hablaba más ameno, con una familiaridad tan sencilla y tan cordial, que á veces me olvidaba casi de ser tímido.

¡Cosa extraña! no demostraba ya ninguna preferencia á Frontault. Le manifestaba más bien una especie de frialdad.

Esto me hacía feliz, sin que tratara yo de averiguar la causa; era feliz, instintivamente, aturdidamente feliz, como lo es uno á los 20 años.

Ahora bien: un día volví á encontrar-

me con Francesca en la cámara roja. Estaba sola, sentada delante de una gran psiquis con marco de ébano. Hice ademán de retirarme.

—Quédese un momento—me dijo:—su hermana no ha de tardar.... Además, quisiera preguntar á usted una cosa.

Me había hecho señas para que me aproximara. Me quedé de pie al lado de ella, impresionado, como siempre que me hallaba en su presencia, un poco trémulo también. Francesca continuó con una voz burlona y dulcisima á la vez:

—¿Cree usted que los espejos sean sinceros? Yo estaba interrogando á éste.... Le preguntaba si me había dicho la verdad ó si me había mentado.... cuando me contó que....

Fijé mis miradas en ella, desconcertado, confundido ante su rostro risueño y sus ojos chispeantes.

—Espere—me dijo.—No está bien colocado para responderme.... Siéntese allí, en esa silla.... y yo voy á sentarme aquí.... Míreme bien ahora, y piense bien lo que va á decir.... Sobre todo, le ruego que su respuesta sea sincera.... porque ella ha de sacarme de una gran perplejidad....

Esta vez temblé de pies á cabeza: los dos estábamos exactamente en la misma posición de un mes antes, cuando mi hermana nos había dejado allí solos para ir á buscar unas fotografías.

—¿Y bien?—dijo ella á media voz.—Si el espejo me ha contado la verdad, toda la verdad.... hay que hacerle hablar otra vez.

Por fortuna, en este instante maravilloso en que se decidía mi suerte, aunque tímido y medroso, no fui estúpido.

Respondí como había que responder: me llevé la mano á los labios y envié á la cabecita rubia el mismo beso de la otra vez.... y, como la otra vez—pero entonces pude verlo,—la psiquis repitió fielmente mi ademán.

Y Francesca me dijo con gravedad:

—¿Es para siempre?

Yo me había echado ya á sus pies y besaba la orla de su vestido con un sollozo de amor, mientras ella murmuraba, movida por el instinto supersticioso de su raza:

—¿No cree usted que los viejos espejos, á fuerza de estar mezclados á la vida íntima de los seres, acaban por tener también una especie de alma?

J. H. ROSNY.



POSTAL

Á A. T. Ball L.

Déjà de la jeunesse, qui tout charme et tout dore,
Dans votre âme innocente on voit poindre l'aurore.
Bientôt de nouveaux dons vous comblera le Ciel.
Vous luirez comme un ange du Séjour Éternel
Ce beau jour où, laissant de l'enfance les graces,
D'autres que Dieu bénisse viendront remplir leur place.
Heureux moi si je puis, témoin de ce bonheur,
Quand chez vous du bel âge s'épanouira la fleur,
Dire, en vous contemplant nubile aimable et leste:
L'enfant s'est envolé, mais l'innocence y reste!

Maracaibo, Avril 1904.

OCTAVIO HERNANDEZ.

«SUDOR DE SANGRE»

UN FESTIN DE VENCEDORES

(1870-71)



N el fondo de la sala, á la izquierda, cama número 27. Ha solicitado á usted toda la noche, pero creo que la pobre vieja ha perdido ya la cabeza y sería un milagro, reverendo padre, que sacara usted algo en limpio.

Tras de estas animosas palabras de la hermana de la Caridad, el franciscano de la Tierra Santa se dirigió silenciosamente hacia la cama indicada, sin que aparentara mirar los ejemplares de dolor ó de decadencia física en los otros lechos de insomnio.

Llegando al número 27, se detuvo ante una forma inerte, una ruina de anciana, un alto relieve de las Alhambras de la Miseria y de la Desesperación.

Rígida y con los ojos cerrados, como un simulacro de espanto sobre la tumba de un ajusticiado, se habría tenido pena en suponer viva aún á aquella criatura, evidentemente presa de los demonios, sin el movimiento regular de las manos ocupadas en alisar suavemente las sábanas.

Son terrible espectáculo las manos de los moribundos! Es en ellas donde, según parece, se refugia toda nuestra alma en los últimos instantes, para que sea expresivamente verificada la implacable ley de *entregar* la vida. La mayoría se crispan con fuerza, como las manos de los naufragos y las de los que caen en los abismos. Algunas se retuercen convulsivamente ó se cierran enteramente. Otras hacen el gesto de separar, de rechazar alguna cosa y se han visto por fin algunas que intentan juntarse sobre el ombligo, órgano respiratorio del *corpo astral*, según los viejos magos.

El último recurso para ser oído de un agonizante, es el contacto ó la imposición de las manos sobre las manos. El franciscano lo sabía y los ojos de la moribunda se abrieron en cuanto hubo cumplido el acto.

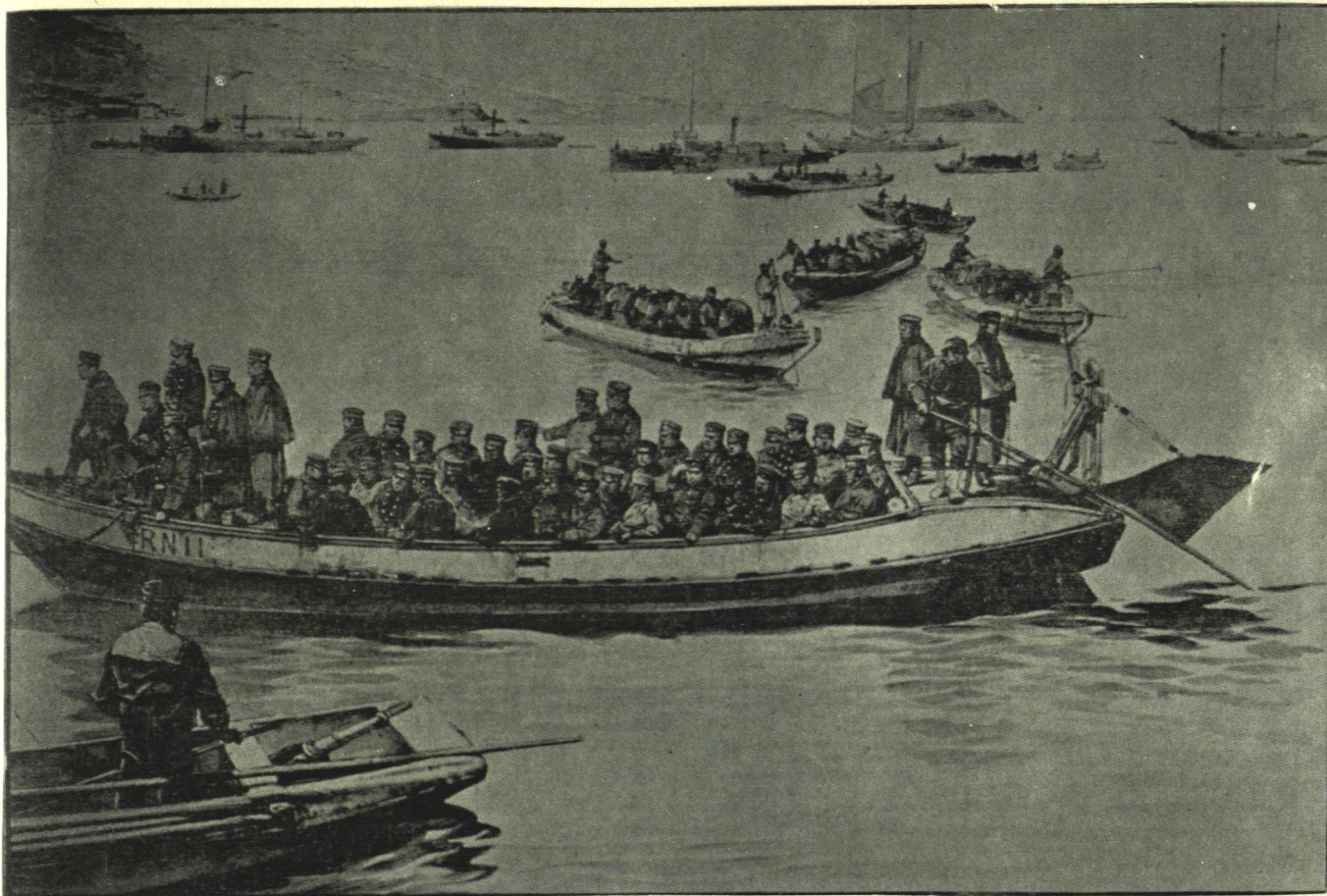
Qué ojos! Dos vidrios helados tras de los cuales estallara de pronto un incendio,.....pues no fueron vagas y descoloridas sino un segundo, aquellas luzulitas pálidas de la muerte que se tornaron inmediatamente, á la vista del padre, en los flameantes carbunclos del infierno.

—Hija, me has llamado y aquí estoy dispuesto á oírte si es que estás en situación de hablar.

Hubo un silencio más que penoso, pues la enferma seguía mirando al extranjero con ojos enloquecidos que la hacían parecer á una de esas máscaras de pesadilla inventadas por el infame genio del Extremo-Oriente.

—Yo te conjuro hija, dijo aún el religioso, que mi presencia no te aflija. Soy bien poca cosa; pero tú no ignoras que tengo el poder de ofrecerte verdaderos consuelos y el traje que llevo, bastante bien dice que pertenezco á la familia de los amigos del Pobre. Ponte, te lo pido, bajo el dulce nombre de Jesús agonizante y háblame con confianza.

El horrible rostro se distendió entonces, los ojos salvajes se dulcificaron un tanto y la vieja recogiendo sus manos con esfuerzo, las exten-



GUERRA RUSO - JAPONESA : Destacamentos japoneses desembarcando en Chemulpo

dió sobre su pecho. Eran manos de sexagenaria, miserables, agotadas, deformadas por los apretones del mal, pero no de una rústica, sino manos que pudieron haber sido bellas. En el anular de la izquierda veíase un pequeñito anillo de oro.

—Varias veces he pensado que habría sido bueno cortarlas, dijo mirándoselas. Lo que han hecho no lo he dicho nunca más que á una sola persona y *no sé si usted podrá escucharlo*. Pero pronto voy á morir, gracias á Dios! y no quiero que Aquel que va á juzgarme me reproche haber cerrado los labios hasta el fin. Le he rogado á usted que venga, padre, porque usted es uno de los que custodian, allá, el Santo Sepulcro y he pensado que usted me escuchará quizás con menos horror que otros que no son capaces siquiera de guardar un corral de cerdos y que no quieren nunca saber aquello que les sobrepasa. Voy á hablar, pues, no á usted, sino ante usted, figurándome que hablo ante el Sepulcro de Jesucristo. Sin duda yo soy de aquellas que más necesitan que *El* haya muerto. No me interrumpa usted por favor. Me quedan pocas fuerzas. Si no encuentra usted en mis palabras ni humildad, ni arrepentimiento, no importa! Dígase usted sin embargo que la relación que voy á hacer es, á pesar de todo, la confesión más desgarradora, el esfuerzo más doloroso que una criatura pueda intentar para ganar su perdón.

El padre no había contado con ese discurso que el horrible aspecto de la agonizante no habría hecho prever. Creía encontrarse con una miserable cualquiera, y de pronto se encontraba en presencia de una alma de excepción, á la entrada de una caverna anímica llena de espantosas voces, á la vez luminosa y sombría como los abismos intermedarios.

Siendo un hombre simple, comprendió que las fórmulas de uso frecuente no podían ser en esta ocasión de ninguna utilidad y tomando una silla, se sentó tranquilamente cerca del lecho para oír mejor.

*
**

—El que me dió este anillo, principió la vieja, levantando la mano izquierda, murió hace veinte años, durante la guerra, en San Segismundo, en Loigny, fusilado por los bávaros de Tann. Tenía consigo á dos de nuestros hijos, el más joven de 19 años y ambos fueron ejecutados con su padre. Se me ha referido que esos demonios asesinaron primero á los pobres muchachos, lo más cruelmente que pudieron, tirando sobre las partes inferiores, para que el que los había engendrado los viera sufrir largo tiempo á sus pies antes de obtener la muerte para sí mismo.

Pero eso no es nada, continuó, con un ronquido que se asemejaba á un sollozo. Esos alemanes se vengaban á su manera. Mi marido era un hombre de gran valor que les había hecho mucho mal, pues había sacrificado la mitad de nuestra fortuna para organizar una pequeña compañía de tiradores que se llamaban los cazadores de Neuville y cuya audacia fué extraordinaria.....Nunca pude averiguar lo que había pasado con los cuerpos de los difuntos. Usted no ignora que existía en Loigny, bajo la iglesia, una cripta donde se ven las osamentas blanqueadas y alineadas simétricamente de *mil treinta y cinco* soldados franceses. Muchas veces he hecho esa peregrinación intentando persuadirme á mí misma de que habían transportado ahí á mis queridos muertos y he rogado

por ellos tan bien como una criminal puede rogar.....

Escuchadme ahora. Estaba sola una noche con nuestro último hijo, una linda chiquita de diez años, en nuestra casa, sobre el camino de Châteaudun. Nada sabía entonces sino que todo iba mal. El enemigo llegaba por todos lados. Los vecinos habían emprendido la fuga.....Dios hubiera querido que yo hiciera otro tanto!.....

Miré entrar á mi casa, por la puerta derribada, una veintena al menos de bestias feroces que inmediatamente se entregaron al pillaje aullando porque les diera de comer y de beber. Les abandoné todo, estimándome dichosa por no ser maltratada en mi persona. Entonces fué cuando uno de ellos me hizo saber, riendo, la muerte de mi marido y de mis dos hijos. Loca de desesperación, me arrojé sobre aquel hombre y le mordí el rostro tan cruelmente que mis ojos se llenaron con su sangre y tuve así la apariencia de llorar su sangre, su abominable sangre! . . .

En aquel minuto se cumplió mi destino. Fui apaleada, pateada, *violada* por todos aquellos bandidos y arrojada al fin, moribunda casi, sobre un montón de estiércol delante de la puerta, adonde salí de un largo desvanecimiento al oír los gritos sobrehumanos de mi hija *encerrada* en mi casa que era devorada por el incendio. . . .

—¿Me escucha usted atentamente, padre? preguntó la desdichada que se había puesto más sombría y más espantosa que antes. Ah! es necesario que usted me oiga bien, ya no para absolverme, sino para ser mi testigo, pues aquellos gritos de mi pobre hijita que oí durante toda la eternidad, son mi tesoro, mi único bien, el viático de mi alma horrible cuando se

presente ante Dios que le pide á su criatura tanto sufrimiento! . . . Ah! pero me he vengado bien, diabólicamente bien, espantosamente bien vengada! . . . agregé con una voz tan profunda que el franciscano tembló. Esperaba así, pagamente, librarme de aquellos horribles gritos. Pero no he pasado un solo minuto, sépalo usted, durante veinte años, sin oírlos y los oíré toda la vida . . . pues la *Inocencia es implacable*. Esos gritos me llenan, me rodean, y cuando mi Juez me vea, los colocaré sobre mi viejo seno como una coraza de blanca y se los ofreceré con la mano derecha, y con la izquierda los sembraré á los pies de su trono y en todas las calles de su cielo que se volverá entonces un segundo Valle de Lágrimas y le recordarán los gritos de su propio Hijo crucificado que no quiere escuchar!

*
**

La Gorgona maternal se había erguido á medias para pronunciar esas palabras de demencia que resonaron en el alma del padre, como una traducción *en lengua extranjera* de la sempiterna Desesperación.

Aquella vieja devastada le parecía una imagen de la pasión humana sin medida, de la pasión infinita que haría estallar el mundo si muchas almas fueran de ello capaces.

Qué decir á aquella lamentatriz de *Aqui Abajo* que subsistía milagrosamente, hacía veinte años, de la Eucaristía de su duelo y que comulgaba trescientas veces al día con los gritos de su hija quemada viva?

Y ni una sola esperanza de contenerla! Se le sentía contemplando su propia faz, destruida como un campo de aluvión surcado por los ciclones, calcinada por esos infernales llantos capaces de corroer los metales, donde se redondeaban, para espanto del contemplador, dos ojos de Moloch, dos escotillas humosas de navío incendiado. Y cuando á veces, una nube pálida, una opaca bruma flotaba, el espacio de un segundo, se creía experimentar la imposible sensación de alguna cosa más implacable aún... Sólo la gran Estranguladora le habría impedido llegar hasta el fin de esa extraña confesión que le proporcionaba tal vez, en su última hora, la buena quimera de volverse á bañar en su Ven-ganza.

*
**

Yo era una mujer sólida, se lo aseguro á usted, continuó, y en el país me llamaban *la granadera*. Después de tres días de agonía entre las cenizas de mi casa me puse en marcha para cumplir mi voluntad. Lo que había resuelto lo quería como Dios ha querido el mundo.

Seguí al ejército alemán, durante una semana, en la dirección de Mans y atravesé sus líneas. Pude pasar no sin recibir muchas injurias, pues me parecía á una limosnera y debía tener el aspecto de una loca. Pero había descendido tan bajo que nada ya podía alcanzarme y además me sentía protegida por el Demonio.

En fin, llegué á casa de una pariente de mi marido que poseía una especie de castillo en los alrededores de la Ferté-Beruard, en el departamento de la Sartha, donde estaba segura de encontrar buena acogida y por donde sabía, sobre todo, que pasarían muchos prusianos, puesto que los cuatro cuerpos de ejército mandados por el príncipe Federico Carlos, se extendían de aquel lado de la Francia como un torrente de ciento veinte mil hombres.

En ese momento, no sabía aún exactamente lo que me aconsejaría el Espíritu nuevo que soplabá en mí; pero no importando cómo, se trataba de hacer sufrir.

Vengo al hecho, pues me siento caer en lo

negro y quiero . . . quiero acabar. Obtuve que se me utilizara como guarda-enfermera y como *cocinera* en esa casa rica en que se alojaban los oficiales superiores.

Había ahí,—oh! á ese lo veré hasta en la podredumbre de mi sepulcro!—había ahí un general-mayor de una brigada de caballería de Hesse, un viejote extremadamente duro que pasaba por muy hábil y que nunca concedió gracia.—Más! me decía, Más! *Mehr! Mehr!*—Espere usted, va á ver. El general tenía un hijo, un bonito capitancito que no llegaba á treinta años y que estando herido había sido *confiado á mis cuidados*, á mis eficaces cuidados; su padre que hacía bombardear las ambulancias, no venía á verlo, sus camaradas tampoco y por eso era mío, de mí nada más, en un cuarto bastante retirado; no duró mucho . . . No tuve necesidad de ayuda. Estas manos que está usted viendo, bastaron y ni siquiera me quitó este anillo . . . En seguida llevé el cuerpo á un lugar del sótano donde nadie jamás ponía los pies.

Mehr! Mehr! gute frauösische Küche! Sí, padre, durante tres días ha comido el general . . . Ah! los excelentes sesos de res «á la poulette» con sal, pimienta, nuez moscada, hongos y cebollitas que le preparé al principio y que él hacía fundirse en su boca bebiendo Château-Margaux! Repitió el viejo glotón, pero yo le dije que era la única res que sus hombres no habían requisicionado y que se había matado expresamente para él. Después ¿no es cierto? era justo que tomara las costillas en «papillote» y los fricandós á la chicorea. Al día siguiente invitó á algunos de los oficiales y les serví escalopas, riñones saltados, blanqueta, chuletas con chicharitos, galantina y asado. *Mehr!* . . . *Mehr!* . . . Aquellos señores se regalaron, pues hubo para todo el mundo y las ratas comieron el resto en el fondo del sótano. Naturalmente tenía reservado el *corazón*, porque hay que marinarlo antes de ponerlo á la parrilla, y el padre del bello capitancito devoró el corazón de su hijo, el tercer día!

Aunque usted me hable de Dios todopoderoso, yo lo desafiaría á darme en su paraíso una alegría más grande. Creí que iba á morir de dicha. Pero eso no bastaba, comprende usted? Había que hablar.

—¿No es cierto, le dije, que son sabrosos los *hijos guisados*, mi general?

Como me viera sin comprender, asombrado simplemente de esa pregunta familiar, agregué:

—Es el corazón de tu hijo que ahogué con mis dos manos, es su corazón lo que acabas de comerte, viejo canalla! fué su carne, su innoble carne lo que te serví ayer y antier!

Creí que me mataría. Pero se puso á reír dulcemente . . . muy dulcemente . . . *gute frauösische Küche. Pone gousssine frantzese* . . . sus ojos se extinguieron . . . y la noche misma se le expedía en un ataúd al fondo de Alemania . . .

*
**

—¿Eso es todo? preguntó el franciscano cuyos dientes se entrechocaban.

—Reverendo, dijo la religiosa que se había aproximado, ¿no ve usted que esta pobre ha muerto hace *un cuarto de hora*?

LEÓN BLOY.



EN LA CORTE IMPERIAL



El nuevo palacio del Emperador, en Tokio, es de completa belleza, y está montado y dispuesto con el último lujo de comodidad y placeres.

De mí sé decir, que tuve la suerte de ver á Sus Majestades en varias ocasiones. Fue la primera, motivada por una conferencia que tuvo á bien instarme el Emperador, la diera una noche en su palacio. Di la conferencia, iluminado todo el palacio con proyecciones de luz eléctrica, y en un vasto y admirable salón cuyas puertas de soberbia laca, valían indudablemente una fortuna.

Habíanse colocado en la primera fila, dos grandes sillones para Sus Majestades, y detrás de ellos, muchas sillas para las damas, los gentiles-hombres y varios oficiales de la Corte.

En el momento conveniente fui presentado á los Soberanos, por el Ministro de la casa imperial, el vizconde Hijikata.

Usa el Emperador bastante largos los cabellos, mostachos y perilla recortada; y portaba aquella noche un uniforme oscuro, muy parecido al que llevan los oficiales superiores de la artillería francesa.

La Emperatriz estaba vestida á la europea, y sumamente elegante, como todas las Damas de aquella hermosa Corte, tan espléndida, y á la vez, tan poco conocida.

Los dos Soberanos pusieron gran interés y una atención muy sostenida en todo lo que se dijo y se les mostró en la conferencia; siendo de notarse, que, por las numerosas preguntas y varias interrogaciones que hicieron, mostraron de modo innegable, que estaban perfectamente al corriente de los sucesos de Europa y América.

Después de haberme dado las gracias, él, con algunas palabras, y ella, con una sonrisa encantadora, se retiraron sus Majestades, y yo fui acompañado por el vizconde Hijikata, el marqués Kido y el barón Sannomiya hasta otra sala igualmente espaciosa, donde había una mesa repleta,—no obstante que era inmensa,—de cristales, de flores y orfebrería.

Llegados que fuimos allí, una porción de lacayos vestidos, ó mejor, uniformados con casacas bordadas, pantalones cortos y medias de seda, nos sirvieron una cena deliciosa. El jefe-director era Francés; los licores y vinos, de las mejores marcas, y los cigarros y cigarrillos ó pitillos, puros habanos.

*
**

LA FIESTA DE LOS CEREZOS

Poco tiempo después de haber dado mi conferencia, tuve el honor de ver otra vez á Sus Majestades, en el *garden party* que ofrecieron con motivo de los «Cerezos en flor.»

Enamorado de todo lo que es bello, y en consecuencia, de la naturaleza, el japonés tiene varias fiestas en honor de estaciones diferentes y flores distintas. Son afamadas, entre todas, las de «las flores de los cerezos», que se hacen en la pri-



GUERRA RUSSO-JAPONESA. Cheumulpo: Llegada de destacamentos militares japoneses

mavera, y las de «los crisantemos», en otoño.

A mi juicio, y para mi gusto, las de los cerezos es la más bella. En el Japón hay por millares y millares de esos árboles. Tokio tiene avenidas enteras y parques completamente llenos de inmensos árboles de cereza, que por primavera se cubren de enormes flores blancas y rosadas. Esos cerezos colosales, de flores fabulosamente grandes, no dan fruto.

Para esa época, presenta la ciudad un panorama feérico é inolvidable. En *Uyeno Park*, uno de los más grandes de la capital, hay un verdadero bosque de cerezos que dejan caer su blanco y rosado, de modo admirable, sobre el oscuro follaje de los otros árboles. Bajo los mismos cerezos se encuentran centenares de mesitas muy *bajitas*, cubiertas con brillantes carpetas rojas. A ellas acuden los bebedores de té, hombres, mujeres, niños y muchachos, en multitudes incontables. Pero no hay sillas; porque los japoneses no usan esas mesitas como las usaríamos nosotros, sino se sacan el calzado, y brincan encima, con especial soltura.

En la época en que florecen los cerezos, el Emperador y la Emperatriz dan estos *garden partys*, en uno de los parques imperiales.

La Corte, los miembros del Gobierno, los altos personajes de la política, y los miembros del Cuerpo Diplomático, cons-

tituyen el personal que se invita. Tienen los Ministros residentes, el privilegio de poder invitar un número limitado de extranjeros y personas de distinción que se hallen de tránsito en Tokio.

El uniforme, ó la levita entallada, son de riguroso estilo para los hombres; y ninguna señora, verdaderamente distinguida se atrevería á presentarse, sin un traje que no fuera de los más elegantes. Mas, es ese, lector, el punto difícil para esos *marcha-mundos* ó judíos errantes, que, por más honorables que sean, no piensan casi nunca en poner dentro del equipaje levita y trajes como los ya dichos, cuando se embarcan para hacer un viaje al Asia.

En estos *garden partys*, los convidados se reúnen en el parque, muy cerca de la entrada, y esperan allí que vengan los Soberanos. Llegan éstos; y el Emperador, vestido con uniforme de General, y la Emperatriz, con espléndida *toilette* de seda gris, abren la marcha seguidos de la Corte y de todos los invitados.

Hácese en ese orden un paseo general por el parque, en el cual se apantan varias bandas de músicas militares. Al llegar cerca de una gran tienda de campaña que sirve de comedor, Sus Majestades se detienen á la entrada, y allí reciben los cumplimientos y felicitaciones de los miembros del Cuerpo diplomático, de los Ministros japoneses, nobles etc.

Parten en coche los soberanos, des-

pues de haber probado, á penas, los manjares; y es para verse, cuando van lejos aquellos, como los convidados extranjeros y japoneses, hacen correr, á torrentes, el espumoso champaña.

Ya los cerezos no florecían, y hacia un frío horrible, cuando, por tercera vez, volví á ver al Emperador.

Efectuábase una revista militar el día aniversario de su nacimiento, á las siete de la mañana, en el mes de noviembre! Tenía que salir de mi hotel á las cinco y media y en *traje de etiqueta*,—sí, en *traje de baile*,—puesto que yo no tenía uniforme! Estaban invitados únicamente, los miembros del Cuerpo diplomático, y aquellas personas que desempeñaban misión oficial.

Mucho, muchísimo se hizo esperar el Emperador. Estábamos arrecidos de frío y temblábamos como azogados, cuando al fin apareció, seguido de mariscales, generales y un brillante Estado Mayor, entre el cual vi con placer, el uniforme de cazador á caballo, del agregado militar francés.

Haber visto desfilar veinte mil hombres de tropas escogidas y admirables por el porte y disciplina, fué para mí, —como creo que lo será para todo el mundo,—un espectáculo verdaderamente imponente.

A. B. DE GUERVILLE.

SELF-HELP!

En nombre de Roosevelt á Rubén Darío

Roosevelt está tranquilo de lo que tú le dices como de lo que ahora voy á decirte yo; porque las almas fuertes no sienten, cual nosotros, estas debilidades del odio y del amor.

No es, Poeta, tu verso de bizantino artista la yerba que se salva del casco del bridón, ni es tu gentil defensa la que valer pudiese más que los inservibles muros de Jericó.

Labra, Poeta amado, como elegante copa cada verso: en el fondo guarda tu corazón; y haz que expriman su llanto los ojos de la Venus y que expriman sus jugos las uvas del Amor: canta tu canto lírico, que si nó como boa, como tallo de orquídea ciñe en cada inflexión la cintura de todas las mujeres esbeltas: cántale á las hermosas; pero á los fuertes nó. Poeta: no es humano que si te muestra el puño, con su manopla de oro, delfico boxeador, hagas con cuatro versos una cruz redentora y en esa cruz pretendas crucificar á Dios! No, Compañero amado: tu dedo se extravía. No es ese el rumbo nuevo de nuestra salvación. No es la Fe en otra Fuerza sino en la Fuerza Propia lo que puede salvarnos de una Fuerza Mayor.

Di tú cuando pretendas trocar la lira ebúrnea por la bronceína trompa que el Epico sopló, que la América Hispana sólo puede salvarse imitando á los mismos que le inspiran temor: di tú que todo es culpa de aquella sangre inútil con que la blanca nieve del Ande se pintó; di tú que en la balanza de tantas delincuencias igual pesa un Tirano que una Revolución.

Di tú, ante los Principios, que desde que has brotado del seno de una Virgen que es hija de español, en lugar del derecho de ser Libre, no quieres sino el deber honrado de ser Trabajador. (Tal le dice á Colombia, como dulce consejo, una voz desde el Cauca, desde Antioquia otra voz.....)

Vé á Porfirio I: si él es Fuerte y es Grande, Grande y Fuerte es su pueblo. Y él nos dá la lección! Quien le diga Tirano, ya sabrá que en la América los rieles que se clavan son los grilletes de hoy.

Quiebre, en tanto, sus plumas el Quetzal vanidoso crispese el Tequendama, retiemble el Ecuador; que la estatua del loco Genovés vida tome, para que se retuerza con desesperación; que si Sucre es la base, la columna Bolívar, Córdoba el ángel de oro que su clarín tocó, terremotos desquicien base, columna y ángel, ya que el suelo no puede sostener tanto honor;

Que se abra el Amazonas las abultadas venas, cual loco que regala lo que nadie le dió, para que de sus bosques salgan mástiles nuevos donde manos extrañas izarán su pendón; que Argentina caliente, con placer egoísta, ella sola sus miembros á la luz de su Sol; y que Chile se alumbre con la Estrella el camino donde habrá de encontrarse con su Conquistador.

Ay! Poeta: mis voces no le llegan al Pueblo..... ay! Poeta: tus voces no le llegan á Dios..... Tú, mejor, sigue en tu Arte Decadente: es la hora! yo no digo ya nada de Arbitraje: es mejor! ¿No recuerdas el viento del Poeta? Ese viento que sopla en la lira del que fué Longfellow, como sobre las tumbas, dice sobre mi alma: No te despiertes, Joven; porque no es tiempo, nó!

Pero si hablar pretendes, por más que nuestras musas arrodillen sus himnos ante la Fe de un Dios, ya verás, cuando lleguen las albas redentoras, que América, esta América amada del sajón, responderá á tus versos como Roosevelt lo hiciese:

—Para vencer, no tengo sino un aliado: yo!—

JOSÉ SANTOS CHOCANO

San José de Costa Rica: 3 de mayo de 1904.

PARÁ UNA MÚSICA TRISTE...

En tus pupilas—ánforas tristes—
reside un negro vino de amor;
feliz el labio que se envenene
tomando el negro, raro licor.

En tus pupilas—hondas cisternas—
duerme una negra linfa de amor:
feliz el labio que en sed de amores
apure el tósigo de ese licor.

En tus pupilas—claras redomas—
brilla un extraño filtro de amor:
feliz el labio que hasta las heces
beba el ardiente, dulce licor.

Mas tus pupilas jamás me miran,
y con el odio pagas mi amor:
¡negras pupilas! ¡ánforas tristes!
—verted en mi alma vuestro licor!

A. FERNANDEZ GARCIA.

1904.

REVISTA DE REVISTAS

La psicología del gato.—Los animales traviesos
—La precocidad en el delito.—El sentido de
la alegría en los niños.

LA PSICOLOGÍA DEL GATO.—Por lo interesante del tema y por tratarse de un trabajo de la señora Michelet, que formaba parte de una obra extensa sobre los gatos, extractamos de la *Grande Revue* este artículo, digno de llevar la firma de Buffon.

Puede diagnosticarse el carácter de los gatos por sus colores: los blancos son perezosos, los negros muy corredores, los grises buenos cazadores de ratones, los leonados muy enamorados: las gatas tricolores muy fecundas, las atigradas muy listas, las rojas hipócritas. El gato negro ha sido proscrito durante la Edad Media en el sombrío Norte, como un hechicero, un mal genio de ojos diabólicos; pero en Oriente, pasa por ser propicio á los amores. El gato es un sér esencialmente noble, puro de toda mezcla, en el que nada hay vulgar, ni actitud que no sea noble ó graciosa, naciendo las principales variedades que en él se notan, del diverso género de vida que tiene.

Realmente, en vez de hablar del gato, debiera hablarse de la gata, como los alemanes, *die katze*; el gato tiene temperamento femenino; se turba cuando le miran, y su paso furtivo, ligero, discreto, así como las horas que dedica á su tocado, revelan el carácter femineo de este felino.

El gato es lo que sus amos le hacen: los criados por personas distinguidas son superiores á los que se crian por rústicos. Los pueblos que tienen largos inviernos son más amigos de los gatos que los pueblos meridionales. El Egipto, sin embargo, pone al gato en el rango de los animales sagrados, lo embalsama y le reserva un puésto con la familia en la cámara mortuoria. En el hogar, junto á la llama oscilante, muy cerca de la madre y del niño, dormita el gato, en noble actitud de esfinge.

El instinto de libertad del gato se manifiesta en su afición á las buhardillas y tejados, reinos de independencia; el

gato prefiere á todo su libertad; no quiere más que una libre alianza con el hombre; nada que toque á la esclavitud. Los sabios dicen que es poco inteligente, de cerebro poco desarrollado; y, sin embargo, en la Edad Media se hizo del gato negro nada menos que un brujo. ¿Quién tiene razón? Lo cierto es que, por su sociedad con el hombre, el gato aprende muchas cosas.

Los gatos tienen muchos pensamientos; eso se ve en la rapidez de sus movimientos, en sus impulsos súbitos, que no son efecto de un sueño vago, sino que parecen resultado de un pensamiento que de pronto se ocurre y que les hace decir: «Tengo que ir á tal parte» ó «tengo que hacer tal cosa.» Nada más imperioso que el gato que ha resuelto salir. Pero en general es discreto, y sabe guardar sus pensamientos; hasta en sus mejores momentos de expansión, guarda un misterio.

Un gato joven gusta de aventuras y de escapatorias nocturnas; es muy difícil, por no decir imposible, retenerlo, si se le ha antojado ir á visitar á alguna amable vecina ó hacer alguna jugarreta; más tarde se diría que teme el sereno y la frescura de las noches, y se hace más arreglado. Los gatos no están desprovistos de moralidad ni de afecto, y hé aquí un rasgo cuya exactitud garantiza la señora Michelet. Un gato había perdido á su madre siendo todavía muy pequeño, y vagaba por el jardín mayando quejumbrosamente: una paloma daba de comer á sus pichones, y el gato, mirándola, mayaba cada vez más lastimosamente; viendo esto, la paloma se conmovió y trató de hacer pasar á la boca del gato, metiendo en ella el pico, lo que daba á sus hijos; alguien que lo vió, quiso llevar más adelante el experimento, y dispuso que se diera á la paloma pan con leche, alimento propio del gato; la paloma lo tomó y siguió dando al gato de comer con su pico; cuando el gato creció, guardó siempre el recuerdo de aquel favor, y le gustaba ir á dormir en el palomar, sin que jamás hiciera daño á los pichones, aunque le gustaba mucho perseguir á los pajarillos del jardín.

Se ha preguntado si el gato quiere más á las personas que á la casa; hay de todo. En cuanto á la falsedad, los caprichos, las traiciones, la poltronería de que se acusa á los gatos, hay mucha exageración; Buffon habla de la *marcha oblicua* del gato, sin pensar en que ese movimiento ondulatorio es el resultado de su organización, de la flexibilidad de su espinazo. El gato no araña, dicen sus partidarios, si no se le provoca; otra exageración: hay días en que el gato quisiera ser provocado, porque sus nervios le piden camorra.

Todos están de acuerdo en declarar al gato el más nervioso, excitable é irritable de todos los animales; y, sin embargo, nosotros le excitamos al acariciarlo pasando y repasando la mano por su lomo, cargándole de fluido. ¿Qué tiene de extraño que arañe ó que muerda? Pero una vez descargado de fluido, su cólera pasa; jamás se ve á un gato encarnizarse y desgarrar como el perro.

Lo mismo ocurre con sus traiciones: no hay tal cosa. Es su nerviosidad, su propiedad de electrizarse fácilmente cargándose como una pila, la que produce esas sorpresas que se llaman traiciones,

y que no son más que movimientos naturales de un organismo irritable. Tampoco son cobardes, sino prudentes, teniendo además cierta especie de pudor, y temiendo como las mujeres desagradar, faltar al sentimiento exquisito que se tiene de su fina delicadeza.

Los gestos del gato son siempre graciosos, lo mismo durante la vigilia que en el sueño. Sus gritos son sumamente expresivos: nada más expresivo que el dulce mayar del gato que quiere que le abran la puerta; nada más conmovedor que el maullido de un gato en peligro. El gato nos parece ocioso porque es un animal nocturno: descansa de día, y por la noche tiene mil ocupaciones. A cada cual sus horas.

*
**

LOS ANIMALES TRAVIESOS.—El espíritu burlesco—dice en *La Revue* Enrique Coupin—no es patrimonio exclusivo de la especie humana, pues se halla también en algunos animales, revistiendo á veces complicaciones dignas del más inverterado chusco. Las bromas de los animales no tienen siempre por objeto el divertir á sus autores, sino el de vengarse ó el de sacar algún provecho.

Brehm cuenta haber llevado á Alemania una babuina que se complacía en hacer rabiarse á un perro de guardia malhumorado; cuando se hallaba tendido en el patio durmiendo la siesta, la babuina se acercaba muy suavemente, se cercioraba de que dormía, lo cogía prudentemente por la cola, y con un golpe seco le daba un tirón que le hacía despertar aullando; el perro, furioso, corría tras de la babuina, pero ésta se paraba en actitud provocativa, golpeando en tierra con la mano derecha, y cuando el perro iba á morderla daba un brinco por encima y le tiraba otra vez de la cola. Lo mismo hacían otros babuinos con dos perros, que para defenderse se unían estrechamente; los babuinos saltaban sobre ellos como si fueran monturas, les azotaban, les tiraban de la cola y los aterrizaban con lo pesado de sus bromas.

Un mono siamang traído á Europa por Bennet era todavía más bromista: habiendo en el barco otros monos que no le quisieron conocer, él, para vengarse, aprovechaba todas las ocasiones, y en cuanto alguno se descuidaba lo agarraba por la cola y lo llevaba á ras-tras por el barco ó bien lo subía á las cuerdas y lo dejaba caer. En este ejemplo la idea de venganza es clara, pero todavía es más patente en el ejemplo que sigue: se trata de un mono cautivo, sujeto á un tronco de bambú rematado en una percha, que tenía su comida en una cazuela al pie del bambú; cuando se subía á la percha, los cuervos venían y le comían la ración; un día el mono se fingió enfermo, y cuando los cuervos, perdiendo la desconfianza, se pusieron á devorarle la comida, él echó mano á uno, lo desplumó vivo y lo arrojó al aire; los otros cuervos lo remataron á picotazos, y no volvieron á molestar al mono.

Darwin había ya notado el sentimiento de lo cómico en los monos, citando el caso de una mona que se ponía la cazuela en la cabeza, á guisa de sombrero, haciendo al mismo tiempo muecas ridículas para atraer la atención de los espectadores; y Andrés Smith cuenta



ESPAÑA: Feria de Santo Tomás en Barcelona

que un domingo, en un café del Cabo, vió á un mono, á quien un oficial de la guarnición había hecho rabiarse otros días, echar agua en un agujero, mezclarla luego con lodo, y cuando el oficial, en traje de gala, pasó por el café, salpicarle con aquella mezcla, poniéndole perdido el uniforme. Lavaillant, por su parte, cuenta un caso de fingimiento muy típico: era un mono del que Lavaillant sospechaba que le robaba los huevos que las gallinas ponían en el corral; un día se puso al acecho, y en cuanto la gallina empezó á cacarear su postura, vió al mono saltar inmediatamente y correr en busca del huevo; pero al ver á su amo se paró, tomó una postura indolente, se balanceó guiñando los ojos, y, en suma, hizo todo lo posible para despistarle.

Los perros son también muy juguetones, y á veces sus bromas tienen fines interesados; Coupin tenía un perro que se fingía cojo cuando salía de las casas donde le habían prohibido entrar, y cuanto mayor era el hurto que en ellas había hecho, más cojeaba. Otro perro, de Groos, había robado un pedazo de pan, y como no le gustara, lo dejó caer,

se acostó encima, y luego buscaba alrededor con aire inocente. Otro perro, del mismo naturalista, se divertía en coger las moscas que veía en las vidrieras de la ventana, pero le fastidiaba mucho que se rieran de él cuando se le escapaban; su amo, un día, para ver hasta dónde llegaba el animal, exageró la risa cada vez que el perro erraba el golpe, y entonces el perro quiso hacer creer que cogía la mosca y la estrujaba contra el suelo; pero Groos le hizo ver que la mosca seguía en la ventana y que en el suelo no había nada; y el perro, avergonzado al verse descubierto, se escondió bajo una mesa.

Los potros son á veces bromistas, y una de sus burlas consiste en asustar á las personas corriendo hacia ellas y parándose de pronto. Scheitlin cuenta el caso de un potro que persiguió así á unos viajeros en un valle de los Alpes: les dejaba adelantarse, y de pronto corría sobre ellos como si fuera á atropellarlos, parándose en firme á uno ó dos pasos; se ponía entonces á pacer tranquilamente, y cuando los viajeros se hallaban á cierta distancia, emprendía otra

carrera para darles un nuevo susto, como pudiera hacerlo un chico travieso.

Bidie cuenta de un toro brahmin, animal sagrado de la India, que tiene el privilegio de comer de cuanto le acomoda en el campo ó en las tiendas abiertas; se fingía el muerto cuando entraba en un prado que le gustaba, para que no le pudieran echar de él. Según Cripps, un elefante acabado de cazar era conducido al corral entre otros dos elefantes domesticados, cuando de pronto se detuvo y cayó inerte en tierra; Cripps le quitó las ligaduras y trató en vano de hacerle arrastrar; convencido de su muerte, mandó abandonar el cadáver; pero apenas los hombres se alejaron unos metros, cuando el elefante se puso en pie, escapando hacia el campo, dando gritos de alegría por su libertad y por el éxito de su astucia.

Tratando de vengarse, el elefante es muy travieso; habiendo dado el capitán Shipp á un elefante un pastel cuya manteca estaba impregnada de pimienta, aguardó á que pasaran seis semanas, y sólo entonces volvió á visitar al elefante, prodigándole caricias como de costumbre; al pronto el elefante no se dió por enterado; pero en el momento de retirarse el capitán, llenó la trompa de agua sucia y le echó una rociada. Romanes refiere, con la autoridad de Griffiths, que en el sitio de Burtpore, en 1805, se padeció una gran sequía, acudiendo gran concurrencia á sacar agua de un pozo que todavía la conservaba; cierto día se encontraron junto al pozo dos conductores con sus respectivos elefantes, uno más corpulento y robusto que el otro; el menos fuerte llevaba un cubo en la trompa para sacar agua, y el más corpulento se lo quitó: la víctima, reconociendo su inferioridad, tuvo que aguantarse; pero cuando el elefante mayor se inclinó sobre el pozo, el menor retrocedió algunos pasos con el mayor disimulo para tomar impulso, y de pronto se abalanzó sobre el otro elefante, golpeándolo con tal fuerza en el costado, que le hizo perder el equilibrio y caer en el pozo, del que costó no poco trabajo sacarlo.

Los papagayos y loritos son también muy chanceros: según Russ, se fingen enfermos, respirando con trabajo y echándose de lado ó sobre el vientre y presentando todas las apariencias de estar enfermos, mientras ven que les observan; pero en cuanto se hallan solos ó no les hacen caso, se quedan tranquilos. Romanes cuenta que un día riñeron el gato Pussy y el lorito Poli; después de algunas demostraciones de descontento mutuo, hicieron las paces y quedaron tranquilos al parecer; una hora después el lorito, que estaba al borde de la mesa, exclamó con voz llena de afecto: «¡Pus, Pus, ven! ¡Ven, Pussy!» El gato se levantó, se acercó sin cuidado á la mesa y levantó la cabeza inocentemente; entonces Poly cogió con el pico un tazón de leche que tenía á su alcance y se lo echó encima al gato, riéndose de la gracia.

Los ibis son aficionados á mandar y les gusta hacer sentir su superioridad á las aves que viven en su compañía; sobre todo atacan á los flamencos, haciéndoles rabiarse cuando duermen con la cabeza metida entre sus alas; los ibis entonces se acercan poco á poco y picotean las plumas de sus víctimas, no

para morderles, sino para hacerles rabiarse; el flamenco, sintiendo que le hacen cosquillas desagradables, abre los ojos, mira timidamente al ibis, se aleja y vuelve de nuevo á dormirse; pero el ibis le sigue y repite la misma operación, que sin duda le divierte mucho.

Las cornejas no ceden su sagacidad ni su espíritu burlesco á ningún otro animal. Miss Bird cuenta que en el jardín de una fonda vió á un perro que estaba devorando un hueso carnoso, rodeado de varias cornejas que le miraban con envidia y que de cuando en cuando procuraban llamar su atención para aprovechar algún descuido y quitarle su presa; al fin, una de las mayores de la banda consiguió quitarle un pedazo de carne y se fue con él donde estaban sus compañeras, que se pusieron en seguida á conferenciar, pareciendo ponerse de acuerdo, después de animada gritería; entonces volvieron hacia el perro, le rodearon y el jefe de la banda dejó caer diestramente el trozo de carne robado al alcance de la boca del perro; éste, para cogerlo, soltó la presa mayor, y las cornejas que estaban al acecho se lo llevaron volando, dejando al perro con la boca abierta y sin otro consuelo que el de ladrarlas tontamente, mientras ellas picoteaban alegremente su presa. Según la misma señorita Bird, tres cornejas que habían tratado inútilmente de robar á un perro un trozo de carne, consultaron entre sí y ejecutaron lo siguiente: dos de ellas se acercaron al trozo de carne cuanto pudieron, y la tercera picó fuertemente la cola del perro, que se volvió ladrando para defenderse; entonces las otras dos se apoderaron de su presa, y el trio de rateras fue á festejar el éxito de su ocurrencia en lo alto de un cercado vecino.

Los hechos, como dice Coupin, parecen algo exagerados; pero en realidad no tienen nada de extraordinario para los atentos observadores de las costumbres de los animales, que llevan á cabo, con más frecuencia de lo que pudiera creerse, ardidés, astucias y travesuras dignas de ser reseñadas por los Lafontaine y los Samaniego.

••

LA PRECOCIDAD EN EL DELITO.—La frecuente precocidad para el mal, acompañada de rara habilidad para la ejecución del daño, dice César Lombroso en un artículo reproducido por la *Revista de Legislación Universal*, es una de las más extrañas singularidades del orden criminal.

El ejemplo más extraordinario que Lombroso conoce es el de una niña, hija de un príncipe austriaco disoluto, casado con una perversa bailarina que, por seguir á un amante, abandonó un día á sus hijos, sin verter una lágrima. Desde el día de su nacimiento, esa niña llamó la atención de todos, por la dureza de su mirada y por su extraordinaria agilidad, hasta el punto de que los presentes dijeron: «Esa niña es el Anticristo; parece que nos quiere matar á todos.» Al año parecía tener una cara de una persona de catorce años; á los seis años mejoró la fisonomía, haciéndose graciosa é insinuante.

Desde los primeros años pegaba á todos los demás niños; si la contradecían, se irritaba atrocemente; se com-

placía en atormentar á las criadas, especialmente á una anciana muy cariñosa, á la que quitaba los anteojos, pellizcaba, clavaba alfileres, etc.; una vez intentó clavar agujas en el cuerpo á una prima suya, y otra vez la rompió los vestidos que tenía en un armario, forzando antes la puerta. A los seis años mostró una sensualidad propia de una mujer de treinta años. A los siete se divertía en hacer desaparecer los objetos preciosos que encontraba en su casa; un día, mientras su tía se vestía, desaparecieron el reloj y la cadena, y hechas averiguaciones, se encontraron en la cornisa de la casa, donde se habían quedado al tirarlos la niña por la ventana para que cayesen en la calle; otra vez tiró los pendientes de su tía en el agua sucia del tocador, y en varias ocasiones metió las alhajas robadas en el baúl de su hermano, para que sospecharan ser él quien robaba las cosas. Cuando le preguntaban por qué hacía todo aquello, contestaba: «No sé por qué lo hago; algunos días, principalmente por la mañana, no puedo menos de hacerlo.»

Otra niña, hija de un artista y de una mujer sana, se crió robusta hasta los cinco años; á esa edad sufrió una caída sobre la frente y estuvo un mes en cama; cuando se restableció se notó en ella gran obtusidad, al punto de no poder aprender nada en la escuela; en cambio se desarrolló la sensualidad, y con ella una gran habilidad para mentir, acusar, robar y calumniar. Acusó á dos tenientes de haber cometido una acción poco reverente ante una señora, siendo falso; destruyó los vestidos de su hermana; robó á su nodriza, acusándola de ser ella quien la había robado; intentó prender fuego á la cama de una parienta, donde sus padres la habían enviado, porque no la dejaba beber todo el vino que quería; y un día que convidaron á una amiga á comer, y ésta excusó su asistencia, la niña se guardó la carta de excusa, negando á su madre y al portero que la hubiera guardado, hasta que al fin apareció entre sus vestidos.

Un niño cuyo padre era bebedor y el abuelo neurótico, se negaba á jugar con los demás niños y tardó bastante en saber andar. Al tercer año manifestó extraordinaria falsedad y voracidad; á los cinco empezó á vagabundear en vez de ir á la escuela, inventando mil mentiras para excusarse; á los ocho años contrajo una deuda de cinco pesetas en una pastelería, y cuando el pastelero se presentó á cobrar, el niño juró y perjuró que era falso, hasta que se probó lo contrario; entonces dijo que él no se había comido los dulces, sino que se los había guardado para dar una sorpresa á sus hermanos; como no aparecieron dijo que los había llevado á una casa vecina; y como allí tampoco estaban, que los había llevado á la escuela; su padre le dio de azotes, y él, para vengarse, se hizo pegar en la escuela por sus compañeros, luego se dejó atropellar por un ciclista, y así, cubierto de contusiones, acusó á su padre, que tuvo que sufrir un proceso. Otro día hizo desaparecer su vestido, y declaró que lo había vendido á un trapero; éste negó, pero él sobornó á varios compañeros para que declarasen que era cierto, y el pobre trapero fué procesado, é iba á ser condenado, quan-

do la madre encontró el vestido en la cueva, escondido debajo de un tonel.

¿Cómo pueden explicarse estos fenómenos? Por el atavismo, desde luego; más propenso al mal que al bien, el niño contiene todos los malos gérmenes, que suelen desaparecer con los primeros albores de la juventud; pero en los infelices criminales natos, esos gérmenes están desde el principio tan desarrollados, que si no producen mayores estragos es porque les falta la fuerza muscular necesaria para hacer el daño. Y si a esta se añade la falta de educación, único medio de atajar el mal, se comprende la gravedad que éste alcanza en ocasiones.

* *

EL SENTIDO DE LA ALEGRÍA EN LOS NIÑOS. —Nosotros los modernos adultos—dice en la *Nuova Antologia* Paula Lombroso—no tenemos ya íntegro y perfecto el *sentido de la alegría*. El lanzamiento bíblico del Paraíso parece repetirse hoy con la condenación del hombre a la neurastenia, al pesimismo y al marasmo, y parece que aquella expulsión de Adán y Eva del jardín paradisíaco era un símbolo de la actual condena. Esta condena, sin embargo, ha respetado a los niños, que correatean todavía en pleno paraíso y se anegan en la alegría del vivir.

Lo primero que se nota observando de cerca y diariamente a los niños, es que siempre están completamente satisfechos de sí mismos y de todo lo que es suyo: su lecho, su plato, su vestido, su muñeca, son los más hermosos del mundo por el solo hecho de pertenecerles. Paula Lombroso tiene un niño que a los dos años y medio se entusiasmaba espontáneamente con todas las cosas de su casa. «¡Qué bonita es la corbata de papá! ¡qué bello mi vestido! ¡qué bonita es mi cama! ¡qué bueno es mi pan!», decía a cada momento, lleno de satisfacción. La hija de Max Nordau, una niña inteligentísima de tres años, para expresar el agrado que le producía la vista de cualquier cosa, se valía de un medio especial, empleando como supremo elogio de aquella cosa su propio nombre: para ella un libro precioso lleno de grabados, un jardín lleno de flores, un lindo perro, eran «un libro Maxa, un jardín Maxa, un perro Maxa;» su nombre, su *yo*, era para ella el centro del universo y podía servir para significar todo lo bello.

Otra niña más grandecita, de siete años, creía de buena fe que la salida del sol después de la lluvia era cosa dispuesta así por Dios para darla gusto a ella, y corría al balcón gritando: «¡Gracias, Dios!» ó «¡Viva Dios!» ¿Y las jactancias de los niños? ¿Y su megalomanía? Ser reyes, generales ó marqueses es cosa sencillísima, para cuya realización basta sólo su aquiescencia.

Los niños, además, son profundamente optimistas, y hasta los afligidos por accidentes cotidianos tratan de hallar el lado agradable de sus disgustos. Un niño que quería mucho a su tía tuvo que separarse de ella; pero al acompañarla a la estación bastó que le prometieran volverle en coche para consolarle; y en lugar de sentir la despedida, preguntaba: «Pero ¿no acaba de irse este tren? Porque tenemos que volver en coche....»

Todo lo que los niños ven, todo lo

que hacen y sienten, todo es pretexto de alegría y todo se fija en su cabecita con alegres colores, porque no reciben la alegría de lo exterior, sino que la encuentran en sí mismos. El niño de Paula Lombroso, de tipo verdaderamente medio, ni precoz ni tardío, sano y equilibrado, es un excelente sujeto de estudio. De todo saca motivo de diversión. No le gusta irse a la cama; pero si en lugar de decirle que se va a acostar se le dice que va a hacer el *cucú* bajo las sábanas ó el lobo bajo la almohada, ya está impaciente por irse al lecho. Y lo mismo sucede con el baño: no le hace gracia meterse en el agua; pero le dicen que va a ser un pececito, y eso basta para que vaya corriendo al baño. En la mesa se entretiene con todo: los fruteros son para él lo que para nosotros un cuadro; los pedacitos de pan que echa en el caldo le parecen vaporcitos que navegan en la taza; la vista de las cosas a través del vaso, cuando bebe, le divierte mucho, lo mismo que la de su imagen desfigurada en la cuchara; y cuando está repleto y deja la mesa, nunca se le olvida decir: «Y luego otra vez,» para demostrarse a sí mismo que no es aquél el último goce semejante.

Paseando se divierte lo mismo: con las castañas, con las piedras que recoge, con subir y bajar las escaleras, con las puertas entreabiertas, con las letras de los carteles, con los árboles, con las tiendas, con todo lo que ve y lo que toca: los transeúntes, el sol, las nubes y las campanas.

Nuestro sentido del goce es quizá más refinado, pero menos vivaz, excitable y variado que el del niño. Necesitamos un estímulo más fuerte para que nuestra alegría se despierte.

FERNANDO ARAUJO.

SUETOS EDITORIALES

MANUEL REVENGA

Procedente de Europa, ha llegado a esta capital, el día 19 del mes pasado, este distinguido compatriota, amigo nuestro que fue nuestro compañero en las labores de la Dirección de esta Revista y a quien profesamos cordial afecto.

A la estación del ferrocarril acudieron a presentarle la bienvenida muchos de los numerosos amigos y relacionados con que cuenta Revenga entre los gremios sociales é intelectuales de Caracas.

Tristes compañeros fueron los suyos en el regreso a la Patria: ha sido piadoso portador de los despojos mortales de su esposa y de su hija, muertas en tierra extranjera y a los que el esposo y padre por siempre acongojado ha vuelto a dar sepultura bajo las frondas de los nativos cipreses.

Enviamos al querido amigo y antiguo compañero un cariñoso abrazo.

DUELO

Con toda sinceridad presentamos nuestra expresión de condolencia al señor Próspero Rey, hijo y a su distinguida esposa, por el reciente fallecimiento del señor PRÓSPERO REY, que gozó de generales y merecidas simpatías en nuestra sociedad por sus apreciables condiciones de caballero y de hombre de labor y de honradez.

DOCTOR A. P. MORA

Entre los gremios científicos es ya ventajosamente conocido el nombre de este joven y distinguido profesor, que preside actualmente la Facultad de Farmacia de la Universidad Central, que rige en ella y en la Escuela de Ingeniería la cátedra de Química y es Director del Laboratorio Nacional.

Recientemente nos ha enviado, con atenta dedicatoria por la cual le damos sinceras gracias, el segundo tomo de la obra *Tratado Elemental de Química Mineral y Orgánica* que viene publicando y que ya le ha valido numerosas congratulaciones, a las cuales agregamos las nuestras muy cumplidas.

DEL URUGUAY

Desde Montevideo nos envía el joven escritor y crítico Norberto Estrada un estudio, impreso en folleto, titulado *Nuestros novelistas* y en el cual analiza la personalidad intelectual y expone la obra literaria de Eduardo Díaz Acevedo, Carlos Reyles y Xavier de Viana.

Quedamos muy reconocidos al joven Estrada por su recuerdo y por las líneas con que lo acompaña.

MIGUELÓN

La casa editorial de los señores Henrich y Ca., de Barcelona, acaba de publicar, formando el décimo volumen de su *Biblioteca de Novelistas del siglo XX*, la novela *Miguelón*, original de Mariano Turmo Baselga, a la cual el Jurado nombrado al efecto le adjudicó por unanimidad el segundo premio entre las ciento veinte novelas enviadas al Concurso abierto por dicha casa.

Damos cumplidas gracias por el ejemplar que se nos ha enviado.

NUESTROS GRABADOS

Amazonas en los dominios del Czar

En las guerras de razas ó de partidos el heroísmo en la mujer alcanza un grado de sublimidad que muchos hombres quisieran para sí. Juana de Arco en el cerco de Orleans, subyugando a sus compatriotas con la magia de su valor; Margarita de Anjou defendiendo con su espada en los términos de Inglaterra la corona del rey, su marido, son ejemplos históricos que hablan con incontestable elocuencia en favor del varonil ardimiento, del extraordinario coraje de la mujer guerrera.

Es verdad que la misión de la mujer es muy otra que la de purpurarse las manos, —esos prodigios de carne, voluptuosos y albos como carne de lirios,—con sangre de hermanos. Es otra su misión. Pero también es verdad que la presencia de uno de estos seres angelicales en los campos donde los hijos de una nación combaten hasta morir por su integridad, despierta entusiasmos imponderables, suspende el espíritu hasta el punto de que la historia, más tarde, queme a su recuerdo un grano de su olorosa mirra.

En el actual conflicto ruso-japonés se han organizado verdaderos batallones de Amazonas. ¿Quién sabe cuántas de estas heroínas han escrito con su sangre más de una bella página de historia!

La Fortuna

Este cuadro, obra de la fantasía de un artista original, representa un asunto que sugiere múltiples pensamientos, diversas y encontradas ideas. La Fortuna, esa deidad esquiva y zahareña, como la virgen cazadora de la mi-

tología, las más de las veces se complace en prodigar sus favores á los que la esperan tranquilamente, descansadamente, sin que hayan fatigado un solo músculo de sus piernas en perseguirla. Y cuántos corren en pos de ella, día y noche, años y años enteros, con indecible ahínco; cuántos no gastan las energías todas de su cuerpo y de su alma por lograr de la Fortuna una mirada, un destello siquiera de sus milagrosas pupilas, y al cabo sólo consiguen la más honda desesperación, el desfallecimiento, la derrota, nada.

De esta diosa, la más venerada de los pueblos todos en todos los tiempos, cuyo culto, que se disputan los hombres á porfía, será eterno como el mundo, puede decirse lo que de la mitad más bella del género humano ha dicho alguien: «es como la sombra: si la perseguimos huye; si nos alejamos de ella, nos sigue.»

Academia Nacional de Bellas Artes

El Ejecutivo de la República ha llenado una necesidad que reclamaban los notables adelantos que han tenido en estos últimos tiempos entre nosotros las Bellas Artes: ha destinado á la Academia Nacional de éstas el edificio cuya copia damos en la presente edición.

Obra del distinguido arquitecto doctor Alejandro Chataing, el edificio ofrece un exterior modernamente elegante y bello, y por sus condiciones llena á cabalidad el objeto que se le ha señalado.

El 27 de abril próximo pasado fue inaugurada oficialmente esta nueva obra.

El Despotismo

Ese monstruo que se alimenta con la sangre de los pueblos, como el minotauro de la leyenda, y á quien todos han pagado tributo, ha dado asunto al artista Isidoro Konti para la escultura cuya reproducción se verá en una de nuestras páginas.

Del granítico bloque, al maravilloso golpe del cincel, salió la atrevida concepción tal cual el artista se la había forjado, pavorosa, magnífica de verdad, reflejando en la dureza de sus líneas los rasgos interiores de la terrible deidad.

Esta flor de museo ha consagrado justamente el nombre del escultor Konti.

Edificio de la Dieta

El *Landtag* prusiano, palabra que podría ser traducida por *Dieta*, es la Junta ó Congreso en que ciertos Estados que forman confederación deliberan sobre asuntos que le son comunes.

Hoy copiamos una vista del hermoso Palacio en que celebra sus sesiones el Parlamento del imperio alemán.

Guerra ruso-japonesa

Es universal el interés que despierta la guerra entre rusos y japoneses. Las peripecias de una lucha, cuyo fin nadie puede prever, son fuente de diarias especulaciones para el lápiz y el pincel del artista europeo.

Los cuadros que inserta EL COJO ILUSTRADO representan algunos de estos bélicos accidentes.

Roma.—Arco de Quadrifonte

Pregonando los portentosos esfuerzos del ingenio humano se levanta esta maravilla de la arquitectura moderna en la ciudad de los recuerdos gloriosos, de las reliquias venerandas.

Los italianos, poseedores del Duomo de San Pedro, último destello del genio de Miguel Angel, y de las *Estanzas* de Rafael, han tenido en toda época el sentimiento de lo bello y de lo grande, y así en las artes como en la literatura, han contribuido poderosamente á los goces de la vista y á los del alma.

Carlos el Arrojado en la Iglesia de Nese

El asunto de este cuadro de F. Roybet, bastante conocido de los lectores, es tomado de la historia de Francia. Las figuras vigorosas, terribles y alguna vez grotescas de que está lleno el lienzo, dan una clara idea del sangriento episodio de que fue teatro la iglesia de Nese en tiempos de Carlos el Arrojado. En esta obra de arte se advierten, como dijo á otro propósito un crítico francés, lo sublime del pensamiento y lo sublime de la ejecución.

Grupos

Aparecen en nuestras columnas dos fotografías del señor H. H. González, de Barquisimeto. La una representa un grupo de damas en la Plaza Miranda de dicha capital, y la otra al ciudadano ex-Presidente de aquel Estado, doctor González Pacheco, rodeado de su Estado Mayor.

Pintorescas y atrayentes en alto grado son entrambas reproducciones, pues ellas son un reflejo de la sencillez de las costumbres de nuestros pueblos del interior.

El teatro de la Opera--Budapest

Soberbia y grandiosa es la perspectiva que ofrece á la vista este santuario del arte, cuyas bellezas austeras y sólidas lo colocan entre los primeros de Europa y de América.

El arte es lo más bello, lo más excelso que existe, y los pueblos que lo honran procurándole espacios, abriéndole nuevas vías en que pueda agitarse y desenvolverse libremente, son pueblos inteligentes, ilustrados, y en una palabra, superiores.

Feria de Santo Tomás en Barcelona

Feria y Mercado son palabras casi sinónimas, pues una y otra significan reunión de comerciantes y compradores en lugares y tiempos previamente determinados. Aunque las Ferias representan hoy un concurso mucho más numeroso y más solemne.

Grandes son las ventajas que derivan los pueblos industriales de estas exhibiciones y en el día son de la mayor importancia en los países civilizados.



El mayor disolvente del mundo

ALQUIMIA DEL SIGLO XX

Uno de los problemas que más empeño tenían en resolver los alquimistas de la Edad Media, era el encontrar un disolvente universal, en el que las sustancias más insolubles se deshicieran con tanta facilidad como se deshace el azúcar en el agua. A esta hipotética sustancia llamóla *alcaest*, y en buscarla perdieron tanto tiempo y tantas cavilaciones como en averiguar dónde podrían hallarse el elixir de vida y la piedra filosofal.

Ahora, la química ha venido á demostrar que no eran un sueño todas las teorías de la alquimia medioeval, pues hay una sustancia, el fluor, que puede considerarse como disolvente universal. Excepto el oro y el platino, no hay nada que no se disuelva en el fluor líquido, y aun con el tiempo, el platino y el oro tampoco pueden resistir su energía química.

Aparte de este poder disolvente, el contacto del fluor con ciertas sustancias produce luz, llamas y hasta detonaciones. El pedernal, una vez expuesto á los vapores de fluor, se enciende y aparece como una masa incandescente. El carbón, sometido á la misma influencia, despidе rayos brillantísimos, y el hollín arde con una llama muy viva. El diamante es el único cuerpo capaz de resistir á este poderoso disolvente, aun cuando sea á elevadas temperaturas. En cambio, un cuerpo muy parecido, el silicio, que puede obtenerse en una forma cristalina seme-

jante á un diamante, se calienta al blanco en presencia del fluor y sus cristales ofrecen un aspecto admirable despidiendo en todas direcciones á manera de brillantes lentejuelas. Los cristales se calientan entonces tan intensamente, que llegan á *mil doscientos grados centígrados*, á cuya temperatura quedan fundidos.

El fósforo se combina con el fluor, brillando con intensidad. El azul de Prusia arde con una llama color de rosa, debida al cianógeno que contiene.

Si se somete un cristal de yodo á la acción de los vapores de fluor, destílese un líquido espeso en medio de una llama pálida. Este líquido es yoduro de fluor, y tiene la propiedad de corroer el cristal; si se echa en agua fría, produce el chirrido característico del hierro ardiendo.

Ya que se ha mencionado el hierro, puede recordarse que este metal se calienta al blanco si se le expone á la acción del fluor. Casi todos los metales llegan hasta la incandescencia en el mismo caso, y muchos presentan entonces una apariencia verdaderamente magnífica, sobre todo el aluminio y el zinc. Este último despidе una llama blanca tan extraordinariamente deslumbradora, que es imposible mirarla.

Como es interesante conocer la naturaleza de un cuerpo que tan curiosos efectos produce, sepase que el fluor es, en las condiciones de la temperatura ordinaria, un gas, clasificado por los químicos en un grupo de elementos simples que contiene además el cloro, el bromo y el yodo. De los cuatro cuerpos, el fluor es el menos pesado, y también el que con más facilidad, con más ansia, si así pudiera decirse, se una al hidrógeno. Para demostrar esto, se hace un curioso experimento, que consiste en pasar una corriente de gas fluor por un tubo en el que haya unas gotas de agua; inmediatamente se produce una especie de neblina oscura que en seguida se cambia en un vapor azulado. Este vapor es ozono, es decir, la forma condensada del oxígeno del agua, que ha quedado libre al desprenderse el hidrógeno para unirse con el fluor. El tubo, por supuesto, no debe ser de metal, pues lo atacaría el gas, sino del mineral llamado espato fluor, bastante abundante en los criaderos de galena de la sierra de Gador, donde le llaman «sal de lobo.»

Desde 1670, en que lo descubrió Schwankhardt, el fluor se conocía en combinación con otras sustancias; pero libre, aislado, nadie pudo obtenerlo hasta que el químico francés Moissan, hace relativamente pocos años, lo consiguió por medio de una corriente eléctrica de veintiséis ó veintiocho pilas Bunsen. La corriente pasó por un compuesto de fluor é hidrógeno, denominado ácido hidrofluórico y parecido al ácido hidroclórico. Como los vapores que habían de desprenderse atacan á casi todas las sustancias de que suelen hacerse los aparatos de química, se comprenderá lo difícil que hubo de resultar esta primera obtención del fluor. Todas las partes del aparato empleado por Moissan estaban hechas de platino, salvo los tapones, que eran de espato fluor, y los tornillos que eran de plomo, metal que al ponerse en contacto con el fluor aumenta de volumen.

Los tubos y vasijas de cristal tuvieron que ser completamente eliminados en las manipulaciones, pues otra propiedad curiosa del fluor es la rapidez con que se une á la sílice, que es uno de los componentes del cristal.

Cómo hay que dormir en el tren

Hay muchos viajeros que tienen la costumbre, cuando van en el tren, de dormir sentados, con los pies en el asiento de enfrente. Los que así hacen, lo mismo se colocan en un asiento que en otro; sin embargo, no es indiferente ponerse de espaldas á la máquina que de frente. Como la posición del cuerpo es casi horizontal, llevando la cabeza hacia la máquina el movimiento del tren arrastra la sangre hacia los pies. Por el contrario, si uno se sienta de frente á la máquina, ó sea con los pies hacia ella, la sangre se va á la cabeza, lo cual es siempre perjudicial, pero muy especialmente cuando se está durmiendo.

Las insignias de las dignidades eclesiásticas

Es curioso é interesante el conocer los atributos heráldicos que en sus escudos ponen las diferentes dignidades eclesiásticas.

Los cardenales timbran sus armas con un sombrero rojo con treinta borlas del mismo color. Los patriarcas ponen el sombrero verde, también con treinta borlas; los arzobispos verde también, pero sólo con veinte borlas, y los obispos del mismo color y con doce borlas.

El mayordomo de Su Santidad, el maestro de cámara, el auditor y el maestro de los sacros colegios apostólicos, llevan sombrero morado con veinte borlas carmesí. Los protonotarios apostólicos lo llevan de los mismos colores, con doce borlas solamente.

Los prelados domésticos, los abades *nullius*, los camareros secretos y de honor, los abates mitrados seculares y demás prelados secundarios, timbran con sombrero morado con doce borlas carmesí. El mismo sombrero usan los canónigos de basílica mayor, en tanto que los de basílica menor y catedrales privilegiadas ponen en sus armas sombrero negro con seis borlas violeta.

Los canónigos de catedral no privilegiada tienen sombrero negro con ocho borlas violeta.

Los abades de órdenes monásticas, los vicarios generales y los arciprestes tienen el sombrero y las borlas negras, llevando los primeros doce borlas y las dos últimas dignidades seis solamente.

Detrás del escudo de los patriarcas, arzobispos y obispos, se pone en *palo*, ó sea verticalmente, una cruz trebolada, esto es, con los extremos en forma de trébol; para las dos primeras dignidades, la cruz es doble, y simple para la tercera. Los cardenales sólo pueden usar estas cruces cuando son obispos ó arzobispos.

Generalmente, los arzobispos, obispos y abades mitrados ponen el báculo y la mitra, esta última enfilada en un bastón; ambos atributos forman cruz de San Andrés, de modo que la mitra asoma por la esquina superior derecha del escudo, y el báculo por la esquina superior izquierda.

Los obispos católicos de Alemania forman el aspa con el báculo y una espada, y la mitra la ponen sobre el escudo en vez de sombrero.

Ningún prelado puede poner sobre su escudo yelmo ni corona, aunque su familia tenga derecho á estos atributos; tampoco se le permite usar lemas ó motes, ni tenantes y soportes, ó sean esas figuras de hombres ó animales que en ciertos escudos se ponen á uno y otro lado. En cambio, se les permite unir sus armas á las cruces de las órdenes de que son dignatarios. Si pertenecen á órdenes religiosos deben poner las insignias de las mismas en la parte superior del escudo.

Los emblemas religiosos se admiten en las armas de los prelados solamente cuando se emplean en forma simbólica y se ajustan á las reglas heráldicas.

Las abadesas de órdenes monásticas usan escudo de forma ovalada ó romboidal, con el báculo en *palo*.

Los priores ponen detrás de su escudo, también en *palo*, un bordón de peregrino.

Reparación de la Reina Hatasu

Escriben desde El Cairo al *New York Herald* que en las excavaciones que se están llevando á cabo en Luxor, por cuenta del millonario norteamericano Mr. Davis, ha sido descubierto el sepulcro de la Reina Hatasu, que vivió por el año 1500, antes de Jesucristo; esto es, hace la friolera de 3400 inviernos.

La momia de la Reina Hatasu—conocida también de los egiptólogos por el nombre nada eufónico de Hatshepot Maat Ka—Ra—se encuentra en perfecto estado de conservación. No han pasado los siglos por la respetable Soberana.

Esta señora fue quien hizo construir los dos obeliscos de Karnack y el templo de Der-el-Bahri, cerca de Tebas.

Grandes disparates de grandes pintores

En el famoso cuadro de Vandyk representando á Carlos I de Inglaterra revestido de armadura, los dos guanteletes son para la mano derecha. Wilkie pintó un caballo sin bocado, y con la boca, sin embargo, llena de espuma. En el «Juicio final» de Miguel Angel se ve la mítica barca de Caronte. El pintor holandés Brengheij, en un cuadro de «Los magos de Oriente», representó á uno de ellos con sobrepelliz blanca, botas de montar con espuelas y, lo que es más grave, ofreciendo al Niño Jesús un modelo de un navío con 74 cañones.

Entre los retratos que se conservan en el Parlamento de Londres, los hay curiosísimos. Sir Cloudesley Shovel, por ejemplo, aparece vestido con sandalias y coraza, á la usanza de la antigua Roma, y llevando en la cabeza una peluca blanca del siglo XVIII; más que un noble inglés, parece un cómico de la legua. El duque de Buckingham está representado en traje de emperador romano, y la duquesa vestida como una dama de la corte de Jorge III. En el cuadro simbólico de los cuatro elementos, por Paulo Mazzochi, el mar está representado por varios peces, la tierra por topos, el fuego por una salamandra y el aire . . . ¡por un camello!

No sabemos qué relación encontraría el pintor entre el barco del desierto y el aire.

Los premios al heroísmo

El archimillonario norteamericano Mr. Andrew Carnegie, que desde su retirada de los negocios viene dedicando enormes sumas á la fundación de instituciones de enseñanza, benéficas ó científicas, acaba de conceder cinco millones de duros á la abnegación humana.

Un comité especial, constituido por eminentes personalidades norteamericanas é inglesas, estará encargado de distribuir anualmente la renta que produzca dicha suma entre aquellas personas que realicen actos heroicos por salvar la vida de sus semejantes.

En el caso de que los héroes pierdan en la empresa su propia existencia, tendrán derecho á pensión sus herederos directos.

Esta institución será denominada, según expreso deseo de Mr. Carnegie *The Ero Fund*, y tendrá su residencia oficial en Nueva York.

La vuelta al mundo en automóvil

Un automovilista norteamericano, Mr. Charles T. Glidden, de Boston, proyecta emprender un viaje alrededor del mundo.

Dará comienzo la *tournee* el día 10 de octubre del año actual, comprendiendo los siguientes países: Inglaterra, Francia, España, Portugal, Argel, Túnez, Sicilia, Italia, Hungría, Turquía, Grecia, Palestina, India, Ceylán, China, Japón, Haway y Estados Unidos. El recorrido total, por tierra, será de 32.000 kilómetros, y el automóvil de fuerza de 24 caballos.

Según los cálculos de Mr. Glidden, durará el viaje un año justo.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en «El Cojo Ilustrado», hemos suplido que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta Empresa artículos de personas á quienes no conocemos. Esto nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y además nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo á esas personas con quienes no tenemos relaciones: QUE NO NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HEMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

Recientemente se ha capturado en el Océano Índico un gigantesco cangrejo fosforescente. Cada una de sus patas tenían más de un metro de largo y su caparazón pesaba de 70 centímetros de diámetro. Después de cogido fué puesto en un gran depósito que se llenó de agua de mar y en la cual casualmente entraron infinidad de pececillos, todos los cuales fueron devorados por el cangrejo instantáneamente.

EL GRAN INVENTO.

Reconocidas las virtudes del aceite de hígado de bacalao en el raquitismo, enfermedades del pecho y otras se luchó durante mucho tiempo con el inconveniente de su olor y sabor desagradables que imposibilitaban su administración. De ahí nació el pensamiento de añadirle emulsivos en aparatos apropiados

Emulsión de Scott
de
Aceite de Hígado de Bacalao
con
Hipofosfitos de Cal y Sosa.

para producir una crema agradable al paladar. Scott & Bowne fueron más allá y asociándole los hipofosfitos de cal y de sosa, que son los constituyentes más poderosos que se conocen en la medicina, produjeron una combinación feliz que da grasa y fortaleza á los tejidos y pulmones, cal á los huesos, fósforo al cerebro y sosa á la sangre.

Debe exigirse siempre la legítima Emulsión de Scott que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

De venta en todas partes.

BRANDY PEDRO DOMECQ



Sur 1 - No. 36 Bolsa á Mercaderes
Teléfono 686 CARACAS
GATHMANN HNOS.
Joyería - Relojería - Casa de Óptica

Surtido más completo

*
Garantía absoluta

*
Trato más esmerado

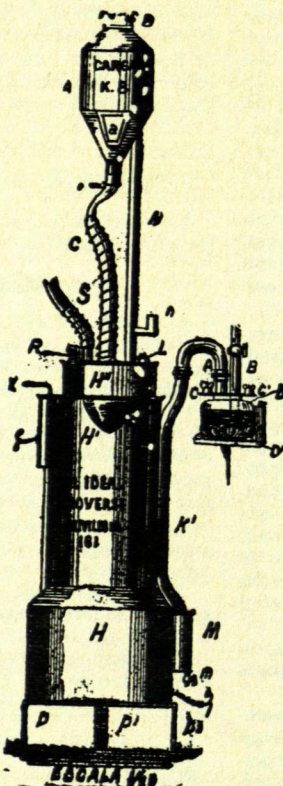
J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno
Aparatos sistema Roversi - Carburo de calcio de primera á \$ 17 los kilos 100 netos - Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases. Instalaciones completas. - EL IDEAL á caída de carburo en el agua - Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles
Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos - Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



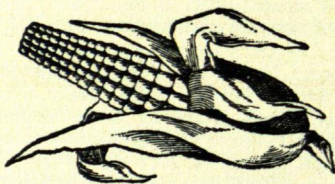
Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela - Ministro de España - General Bello - Faro de Puerto Cabello - Dr. Condoflores - Dr. Lacavalerie - Ing. M. Pérez - Hotel León de Oro - Familia Rodríguez - Tipografía Vidal - Marmoraría Roversi - Panadería Solís - General Quintero - Dr. Rivero Saldivia - Montevaya, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados
Carga de k 1 á k 50 - Valor: de \$ 10 á \$ 250

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

MAIZ-ORIZA



CONDE HNOS.

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas. - Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Conde Hermanos.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.

Por qué son tan vivos

LOS HOMBRES DE Poca ESTATURA

En una conferencia leída recientemente en una reunión de médicos celebrada en Londres, se ha confirmado la creencia de que los hombres de corta estatura son más activos que los altos, porque los impulsos del cerebro pasan en ellos más rápidamente á los músculos.

Esta interesante teoría está perfectamente demostrada. Se necesita una cantidad determinada de tiempo para que los impulsos pasen á lo largo de los nervios, y si el individuo es alto y tiene, como es natural, los nervios físicamente más largos que los de un hombre bajo, es lógico que experimente la sensación de dolor, por

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

ejemplo, recibida en el dedo gordo del pie ó que comunique un impulso al mismo dedo desde el cerebro con menos rapidez que si fuese de poca estatura.

Para demostrar prácticamente este hecho se han buscado hombres de diversas estaturas y se les ha aplicado una descarga eléctrica, primero en la clavícula y luego debajo del biceps. Como medio para averiguar el momento de la sensa-

ción, la mano de cada individuo estaba en comunicación con un cilindro de goma, hueco, que se aplastaba entre los dedos al sentir el paciente la descarga de electricidad.

Por este medio se ha visto que el tiempo que las sensaciones necesitan para pasar por los nervios es bastante más largo, relativamente, en los hombres altos que en los bajos. La diferencia no excedió en casi ninguna observación de una milésima de segundo; pero si la descarga se hubiese aplicado en un pie, probablemente habría llegado á cinco ó seis milésimas. Tal vez esta cantidad pueda parecer insignificante; pero no lo es en cuanto representa las diferentes actividades de los distintos individuos.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados entre un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA
Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **VINO NOURRY** reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTI-EMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas y Perniciosas, la Disenteria, la Gripe o Influenza, las enfermedades del Cutis, las Lombrices y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flomas.

Rehíase todo autómático que no lleve la Firma Paul GAGE

Depósito General, Dr Paul GAGE Hijo, F^{ca} de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

DEL DR GUILLIE

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio (las **ENFERMEDADES DEL PECHO**
más eficaz (las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS**
para curar (las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

De fácil tolerancia.- El Dr. E. Siso, de Villa de Cura, escribe lo siguiente á los señores Scott y Bowne: «Con frecuencia he hecho uso de la Emulsión de Scott en todos aquellos casos en que está indicada, habiendo obtenido en todos ellos resultados positivos. Por tanto considero dicho preparado digno de la confianza y fama universal de que goza».

La medalla del verdugo

Es probable que la única medalla que se ha dado por cortar cabezas sea la que, entre otros objetos curiosos, conserva la familia Deibler, cuyos miembros han venido ejerciendo hasta hace poco, en una forma hereditaria, el cargo de verdugo en Paris.

Durante siglo y medio, los Deibler han cum-

pido su ingrata misión con la mayor fidelidad, sin quejarse nunca de su salario y sin que jamás se cuidase nadie de si estaban bien ó mal pagados. Cuando las ejecuciones hechas bajo sus auspicios ascendieron á mil, el Gobierno francés cayó en la cuenta de que era preciso recompensar de un modo especial á aquella familia, y al efecto, hizo acuñar una medalla de oro, que fué otorgada al verdugo como testimonio de la satisfacción gubernativa.

La medalla pesa 175 gramos, y el oro de que está hecha es de 22 quilates.

HIERRO QUEVENNE

Cura: **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**
Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA
de PARIS. - El mas activo y economico, el único Hierro INALTERABLE en los países cálidos
Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". - 14, R. des Beaux-Arts, Paris

Los reyes y los médicos

Muy raras veces en su vida ha tenido que estar el Kaiser á merced de los médicos tanto tiempo como en los meses pasados; su fuerza de voluntad es tanta, que generalmente logra sobreponerse á las enfermedades; cuando no lo consigue, suele recibir á los médicos de muy mala gana.

Sin embargo, uno de estos mismos médicos asegura que su majestad imperial hace un enfermo excelente, y hasta entusiasta; es

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote negro). Para los brazos, empleese el **PILLORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO

GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU

El mejor y más económico **Ferruginoso.**

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS

Proceso S.M. en París

PUREZA DEL CUTIS

- LAIT ANTÉPHELIQUE -

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.**

Se vende y conserva el cutis limpio y sano.

CLIN Y COMAR - PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias Jaqueca Ciática.

CLIN Y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.

POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

ZAPATERIA MODERNA

GRAN FABRICA DE CALZADO

Especialidad en encargos

para calzado de Señoras, Caballeros y Niños

CORTADOR DE PRIMERA CLASE

D. Guánchez, Hijo & Ca.

CARACAS

Gradillas á Sociedad Número 6

TELEFONO 239

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Rehúese los productos similares

J. SIMON
13. r. Grange butelière, Paris



EXIJAN Vds.

¡Solo una PÍLDORA BLANCA las palabras!

DEHAUT A PARIS impresas en el exterior.

Las **PÍLDORAS Purgativas y Depurativas** del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**

¡Ningún Regimen. No más Dieta.

Las menos **COSTOSAS** puesto que son las **mas activas.**

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO **SOLUCION TITULADA** Las Grajeas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.

ERGOTINA y Grajeas de ERGOTINA BONJEAN

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Medalla de ORO de la S^{ad} de F^{ia} de Paris.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS REYES

JORET Y HOMOLLE

CURA **LOS DOLORS, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**

F^{ca} G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



II ya no se preocupa más que de arreglar nuevos planes de trabajo y preparar nuevas ocupaciones; bien es verdad que hasta ahora ninguna de las enfermedades que ha padecido ha sido demasiado larga.

El rey de Inglaterra hace también un buen enfermo, como lo demostró cuando su famosa apendicitis. No le gusta dar importancia á ningún padecimiento, pero una vez en manos de los médicos, sigue dócilmente todas sus órdenes é instrucciones y les aconseja que le traten exactamente lo mismo que á un caso clínico cualquiera.

Los médicos italianos hablan también con entusiasmo del rey Víctor Manuel como paciente, por más que sus enfermedades sean raras y de poca importancia.

Guillermina de Holanda, en cambio, da mucho que hacer á sus médicos cuando está enferma. Ella misma confiesa que tiene miedo al doctor, y es necesario ejercer una continua vigilancia para que siga las prescripciones de éste.

El Czar de Rusia y el sultán de Turquía también son malos pacientes. El primero se asusta apenas está un poco indispuerto, y mira con temor todo lo que hace ó dice el médico; el segundo desconfía de todo el mundo, y antes de tomar la medicina ordenada por un médico, hace que la pruebe otro.

Tan pronto como se siente algo aliviado, Guillermo

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Varia

Por regla general, las razas que viven á grandes alturas tienen la voz más débil y aguda que las que habitan en regiones más bajas, donde hay abundancia de oxígeno.

En América, por ejemplo, entre los indios que viven en las mesetas de los Andes, á una elevación de 3.000 á 4.500 metros, los hombres tienen voz de mujer y las mujeres voz de niños.

De sobremesa

—¿Cuándo se casa usted, don Luis?

—En eso estoy pensando.

—Siempre dice usted lo mismo.

—Sí, amigo; las cosas que han de durar toda la vida, debe uno pensar en ellas..... toda la vida.

decir, que en cuanto se convence de que es necesario recurrir á la ciencia, se somete á todas las prescripciones facultativas, siguiéndolas al pie de de la letra hasta en sus menores detalles, y se interesa en el tratamiento seguido tanto como los mismos doctores, poniendo muchas veces á éstos en un apuro con sus continuas y singulares preguntas. Es más: con frecuencia hasta compra libros que tratan de su enfermedad, y pasa horas enteras estudiándolos. Cuando vuelve el médico, el Kaiser lo recibe con una sonrisa y empieza por preguntarle por qué no sigue el tratamiento que el doctor A. ó B. empleó en tal ó cual caso, haciéndole ver así que está perfectamente enterado de lo que se trata.